EL TEATRO
MODERNO

4032

LOS ENEMIGOS DE LA REPÚBLICA

14

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Alvaro de Orriols

LOS ENEMIGOS DE LA REPUBLICA

PORTFOLIO EN CUATRO ESTAMPAS
Y UN EPILOGO, EN VERSO

Estrenado en el teatro Libertad, de Valencia, el 5 de noviembre de 1931, y en el teatro Maravillas, de Madrid, el 27 del mismo mes.

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII 12 - XII - 1931 NÚM. 325

REPARTO

ESTAMPA PRIMERA: EL CAPITAL Y EL TRABAJO

PERSONAJES	*ACTORES*
Graciela...	*Juana Cáceres.*
Bastiana...	*Concha Rubio.*
Mónica...	*Isabel Ventura.*
Juan del Pueblo...	*José Latorre.*
Abuelo Bernardo...	*Francisco Fernández.*
El Patrono...	*Agustín Piquer.*
El Contable...	*Manuel Pastrana.*
Forjador 1.°...	*José Esquembre.*
Forjador 2.°...	*Pedro Yáñez.*
Forjador 3.°...	*Gustavo Bertot.*
Un obrero sin trabajo...	*Jaime Rosas.*

ESTAMPA SEGUNDA: POR LA TIARA Y POR EL TRONO

La República...	*Pilar Jiménez.*
Monseñor...	*Joaquín Regales.*
Un sacerdote...	*José Latorre.*
El secretario de monseñor...	*Manuel Pastrana.*
Un familiar...	*Gustavo Bertot.*
Jefe de Policía...	*Agustín Piquer.*

ESTAMPA TERCERA: HOMBRES SIN TIERRA

Toñica...	*Marta Fábregas.*
Graciela...	*Juana Cáceres.*
Juan del Pueblo...	*José Latorre.*
Abuelo Bernardo...	*Francisco Fernández.*
Guardabosque...	*Agustín Piquer.*
Alguacil...	*José Esquembre.*
Sacristán...	*Pedro Yáñez.*
Tío Antón...	*Manuel Pastrana.*
El Alcalde...	*Joaquín Regales.*
Campesino 1.°...	*Gustavo Bertot.*
Campesino 2.°...	*Jaime Rosas.*

672569

ESTAMPA CUARTA: LOS ENEMIGOS DE LA REPUBLICA

Un golfillo...	*Marta Fábregas.*
Poetisa...	*Isabel Ventura.*
Doña Tadea...	*Pilar Jiménez.*
Doña Visitación...	*Concha Rubio.*
Una modistilla...	*Pepita Arbona.*
Juan del Pueblo...	*José Latorre.*
El Poeta...	*José Esquembre.*
Un comandante...	*Joaquín Regales.*
Un coronel retirado...	*Agustín Piquer.*
Un cura...	*Francisco Fernández.*
Un burgués...	*Manuel Pastrana.*
Un escritor...	*Alfredo Soler.*
Un camarero...	*Pedro Yáñez.*
Un estudiante...	*Gustavo Bertot.*
Un agente de Policía...	*Joaquín Regales.*
Un huelguista...	*Jaime Rosas.*
Un señorito pistolero...	*Antonio Mos.*

EPILOGO: CANTO AL TRABAJO

Graciela...	*Juana Cáceres.*
Mónica...	*Isabel Ventura.*
Bastiana...	*Concha Rubio.*
Juan del Pueblo...	*José Latorre.*
Abuelo Bernardo...	*Francisco Fernández.*
Forjador 1.°... ...´...	*José Esquembre.*
Forjador 2.°...	*Pedro Yáñez.*
Forjador 3.°...	*Gustavo Bertot.*

Forjadores, obreros sin trabajo, campesinos y campesinas, policías, huelguistas, señoritos pistoleros y manifestantes.

Lugar de la acción, la patria; época, la actual; derecha e izquierda, las del actor.

A mi buen amigo y paisano Manuel Fontdevila, director de «Heraldo de Madrid», gran periodista y ferviente republicano, en testimonio de admiración y afecto.

EL AUTOR

ESTAMPA PRIMERA

Talleres de fundición que fueron de Pablo Rico. A la izquierda, la boca de la fragua. Al foro, y hacia el centro de la escena, portalón desde el que se verá la plaza de la ciudad inundada de sol, en contraste con los sombríos muros del interior, ennegrecidos por el humo. Es importantísimo que ese portalón sea visible desde todas lar partes de la sala. Puerta a la derecha que comunica con el interior de la fundición. Repartidos por la escena, algunos yunques, una muela de afilar y varios taburetes. Adosado a la pared de la derecha, un banco de herrero. Por las paredes, muchas herramientas y trabajos de forja. Es mediodía.

ESCENA I

Juan del Pueblo, Abuelo Bernardo, Forjadores 1.º. 2.º y *3.º* y *Forjadores.*

(Al levantarse el telón están los forjadores trabajando al son de la «Marsellesa».

FORJA. «Alons, enfans de la patrí.
Le jur de gluar est arrivé...» (1).

BERNA. Basta ya de «Marsellesas»,
y dadle al hierro, muchachos,
que así es cómo por la boca
se os va todo el entusiasmo.

FOR. 1.º ¿Y es usté quien habla así
siendo tan republicano?

BERNA. Republicano de cepa.
Eso no hay ni que dudarlo.
Pero cada canto tiene
sus horas para cantarlo.

---

(1) Pronúnciese como está escrito.

Yo, que sé de mil historias
de valientes y de bravos,
recuerdo a aquel comunero
que dijo al ir al cadalso :
«Fué ayer día de pelea.
Hoy, de morir cual cristianos».
Y así, digo aquellas frases
del caudillo remedando :
«Si ayer fué día de gloria,
hoy es día de trabajo».
La República ya es nuestra,
y bien está el celebrarlo ;
pero eso sin olvidar
que el trabajo es el trabajo,
y que el mejor homenaje
que a la República damos
es el que puede brindarle
la ayuda de nuestros brazos.
Trabajando se la honra ;
se la salva trabajando,
y sólo podrá ser grande
a fuerza de mil trabajos.

FOR. 3.º Lo importante es que ya es nuestra
la Patria.

BERNA. Cierto, muchacho ;
y nadie podrá quitárnosla.
Pero ¿cómo la han dejado
esos villanos que huyeron
después de haberla esquilmado?

JUAN ¡Qué importa ! La salvaremos.

BERNA. La salvaremos, muchacho.
Pero sólo hay un camino :
el camino del trabajo.
Y si hay que cantar..., cantemos.
Para todo queda espacio ;
y bien están los cantares
que aviven el entusiasmo.
¡Pero cantar en francés
teniendo aquí un himno patrio !
Eso, no. Nuestra República
se ha de hacer por nuestras manos,
al modo de nuestra tierra

y a nuestro estilo, muchachos,
¿Qué opinas tú, Juan del Pueblo?

JUAN Opino, abuelo Bernardo,
como usté. Pero ese pueblo
que así celebra cantando
su victoria, sigue siendo
el mismo pueblo de antaño;
pueblo en cuyo corazón,
limpio y puro, no han entrado
ni el veneno del rencor
ni la hiel de los agravios.
Y así ocurrió que, al caer
de su alto trono el tirano,
el pueblo se echó a la calle
ebrio de loco entusiasmo,
y ansioso del porvenir,
olvidóse del pasado
entre júbilos y risas,
entre banderas y cantos.
Y no hay que olvidar, abuelo,
no hay que olvidar. Se ha dejado
escapar a los culpables
de todos nuestros quebrantos;
a aquellos que un día hicieron
de la nave del Estado
un bergantín de piratas,
sin más ley ni más comando
que la ambición desmedida
de un cetro flordelisado.
Eso no puede olvidarse
jamás, abuelo Bernardo.
Que vayan los responsables
al banquillo. No tengamos
piedad para quien no tuvo
piedad de nuestros hermanos.
Venga aquí ese capitán
de piratas coronado;
vengan con él sus sayones,
sus esbirros, sus lacayos,
cuantos jugaron papel
en sus fraudes soberanos,

a responder ante el juez
del poder que detentaron.
Y entonces... que cante el pueblo,
que cante, abuelo Bernardo;
que cante a la Libertad
que esos hombres ultrajaron.
Pero en tanto que subsistan
la impunidad y el agravio;
en tanto que la Justicia
no haya dictado su fallo,
falta la paz en los pechos
y sobra el canto en los labios.

FOR. 1.° Tienes razón, Juan del Pueblo.
No es justo que esos fulanos
anden sueltos por las calles
después de haber arruinado
a la nación.

FOR. 2.° Y que muchos
ya van por ahí cambiando
la casaca, para ver
si pescan de nuevo un cargo.

FOR. 3.° ¡Lobos con la piel de oveja
que ya nos andan rondando!

JUAN ¡Bah! Nuestro pueblo vigila
y no se presta al engaño.
Y aunque quieran otra cosa
los elementos monárquicos,
la República será
para los republicanos.

ESCENA II

Dichos y el *Patrono,* por el foro.

PATRO. *(Hombre de aspecto adinerado. Lleva una voluminosa cartera bajo el brazo.)*
¿Otra vez estáis así?
Pero ¿qué os pasa, muchachos?

La República estoy viendo
que os va a dejar trastornados.

JUAN Don José...

PATRO. Menos República
y más cuidado en el tajo.

FOR. 1.º ¡La alegría, don José!

FOR. 2.º ¡No ve usté que hemos triunfado!

PATRO. ¡Bah!... ¡República!... ¡República!...
¿Queréis decirme, muchachos,
lo que os va a dar la República?

FOR. 3.º ¡La Libertad, señor amo!

PATRO. ¡Ta, ta!... ¡Palabras! ¡Palabras!...
Os tienen engatusados
esos cuatro sinvergüenzas
que el poder han asaltado.

JUAN Don José..., mire lo que habla.

PATRO. No seáis tontos, muchachos.
Con República o sin ella,
los ricos serán los amos,
y los que nacisteis pobres
os moriréis sin dos cuartos.
La Libertad hoy se llama
«cuenta corriente» en el Banco.
Ya veréis para qué os sirve
la Libertad si llegamos
los patronos al acuerdo
de suspender los trabajos.
Veremos si la República
os da resuelto el milagro
del pan y los peces.

JUAN ¡Eso
no lo harán ustedes!

PATRO. Claro
que lo haremos. Es muy justo
que todos nos defendamos.
Y ya veremos entonces
cómo salís del atasco,
y lo que hace la República
con su pueblo soberano.

ESCENA III

Dichos y el *Contable*, por lateral derecha.

CONTA. *(Es un viejecillo tímido y modoso, que viste pulcra y modestamente.)*
Don José...
PATRO. ¿Qué es lo que pasa?
CONTA. Que arriba le está esperando,
desde hace un rato, el Consejo
de Administración.
PATRO. Pues vamos
hacia allí. *(A los forjadores.)*
Y a ver vosotros
cómo le dáis a los machos.
La República..., en la calle.
Aquí..., al trabajo. ¡Al trabajo!
(El Contable cede el paso al Patrono, que se va por lateral derecha.)

ESCENA IV

Dichos, menos *Patrono*.

BERNA. *(Deteniendo al Contable.)*
Escuche usté, don Joaquín.
CONTA. Dígame, señor Bernardo.
BERNA. ¿Usté sabe a qué ha salido
don José?
CONTA. Creo que al Banco.
Debe haber gran marejada.
Reunidos en su despacho
todos sus socios le esperan
impacientes hace un rato.

FOR. 2.º ¿Será que quieran cerrar
los talleres?
CONTA. No he logrado
averiguar lo que intentan.
Debe ser algo sonado.
Por si acaso, voy a ver
si logro enterarme de algo.
FOR. 1.º Como sea alguna cosa
de interés, venga a contarlo.
Usté es de los nuestros.
CONTA. ¿Yo?...
¡Archirretepublicano!...
Porque, aunque gasto sombrero
y llevo cuello planchado,
soy más pobrete que ustedes
con treinta duros que gano.
Un obrero de la pluma,
del Mayor y del Diario;
pero un obrero que tiene
que darles coba a los amos
y llevar este lacito
tricolor bajo el sobaco,
(Muestra el lacito prendido al forro.)
y vegetar, sin más gloria
que ser el «republicano
desconocido», si quiero
que no me falte el garbanzo.
JUAN Pobre don Joaquín. Usté
debió nacer para santo.
CONTA. Vaya; me voy hacia allí
a ver si me entero de algo.
(Hace mutis por la derecha. Suena una campana.)

ESCENA V

Dichos, menos *Contable.* Luego, *Bastiana, Mónica* y *Graciela.*

BERNA. ¡La hora!...
UNOS ¡A comer!...

OTROS ¡A comer!
BERNA. Ea, dejad la tarea,
y cada cual busque sitio
donde plantar su cazuela.
BASTI. *(Por el foro.)* ¡Salud a todos!
FOR. 1.º Bastiana,
qué puntual te presentas.
BASTI. Como en cuanto me descuido
te me vas a la taberna
a hacer el aperitivo.
FOR. 3.º ¡Huy, qué fino!
FOR. 2.º Cosas de ésta.
FOR. 1.º ¿Conque vermú?
BASTI. ¡Cá! Vinazo
imitación Valdepeñas.
BERNA. ¿Esas tenemos, muchacho?
¿Pero es que tú no te enmiendas?
¿No juraste el otro día,
por la República nuestra,
no volver nunca a pisar
el suelo de una taberna?
¿Y tú eres republicano
y haces honor a tu idea?
BASTI. Si no sabe lo que jura.
FOR. 2.º ¿Que no lo sé? ¡Mira ésta!
A ver: di tú quién me ha visto
entrar, una vez siquiera,
en una tasca.
BASTI. Ah, eso no.
FOR. 2.º ¿Lo ves? ¿Lo ves, mala lengua?
BASTI. Ahora mandas que el vinazo
te lo sirvan a la puerta.
FOR. 2.º Pero no entro, aunque me maten.
¡Lo jurado se respeta!
MONI. *(Por el foro, seguida de Graciela.)*
¡Hola, muchachos!
VARIOS ¡Salud!
BERNA. Vaya; aquí llega mi vieja.
MONI. Y que hoy traigo compañía.
JUAN ¿Por qué has venido, Graciela?
GRACI. Si estoy bien.
BERNA. ¡Cómo!, ¿qué es eso?

¿Es que te encuentras enferma?
GRACI. No es nada, señor Bernardo.
MONI. Es que..., ¿sabes?..., que la aquejan
unos vahidos, y...
BERNA. *(Sonriente.)* Basta.
Entendidos.
GRACI. *(Por Juan del Pueblo.)* Y él se empeña
en que no he de salir sola,
por temor...
FOR. 1.º *(A Juan del Pueblo.)* ¡Ah, buena pieza,
qué callado os lo teníais!
BERNA. *(Idem.)* ¿Conque al fin va tu Graciela
a darte...?
JUAN Sí, abuelo: un hijo.
El sueño de mi existencia.
BERNA. Alegre estarás.
JUAN No sé
qué decirle. Si supiera
las veces que yo he soñado
con esta hermosa quimera:
tener un hijo en los brazos,
sentarle sobre mis piernas,
besar ese pedacito
de carne, que es carne nuestra.
Si supiera usté las veces
que, temblando de impaciencia,
yo le he pedido al amor
que ese milagro se hiciera.
Pero tengo miedo, abuelo;
tengo miedo a que esto sea;
que llega en horas muy malas
el hijo de mis quimeras.
Ya ve usté cómo se ponen
las cosas. Todo escasea;
todo sube. Ya no hay modo
de resolver la existencia.
Y menos mal si la fábrica
no da en cerrarnos sus puertas,
que ya sabe usté que muchas
lo han hecho. Y, como esto sea,
¡triste invierno en el hogar
falto de pan y de leña!

¡Triste del hijo que llegue
al umbral de la existencia
vencido desde la cuna
por el hambre y la miseria!
Cuántas veces soñé, abuelo,
que el amor carne se hiciera;
¡cuántas veces!... Pero ahora
me asusta sólo la idea.
¡Tener un hijo! ¡Qué dicha
cuando la fe nos alienta!
Cuando el hambre le amenaza,
¡con qué dolor se le espera!

BERNA. Vaya, no pienses, muchacho,
en lo que tal vez no sea.
Por ahora aquí se trabaja,
mal que bien.

FOR. 1.º Pero ya intentan
llevarnos a la jornada
limitada. Y si eso llega,
¿qué haremos con los tres días
de jornal?

FOR. 2.º Eso se arregla
en seguida.

FOR. 3.º ¿Cómo?

FOR. 2.º Yendo,
sin más tardar, a la huelga
general. ¡Guerra al patrono
y al capital!

BASTI. Tú chocheas.
Lo que tú quieres hacer,
grandísimo sinvergüenza,
es la guerra a nuestro estómago.

FOR. 2.º Tú qué sabes de eso, prenda.
Lo que yo quiero es trabajo;
pero trabajo de veras.

FOR. 3.º Mientras se pueda encontrar...

FOR. 2.º Por eso hay que ir a la huelga.
Y a la huelga general,
con todas sus consecuencias.
Aquí trabajamos todos...,
o ninguno se menea.

BASTI. Ay, que estoy viendo, Celino,

que has estado en la taberna,
y aquellos cuatro granujas
te han encendido la cresta.
¿Pero no comprendes, lila,
que esos tíos que te engrescan
son todos gente pagada,
gente pagada, ¿te enteras?,
por esas... extremidades...

FOR. 1.º Se dice «extremismos», prenda.

BASTI. ...pues por esos extremismos
de la izquierda o la derecha?
¿Y eres tú republicano
y llevas en la chaqueta
un lacito tricolor
que me ha costado dos perras
de las gordas? Ay, Celino,
no me hagas soltar la lengua.

FOR. 2.º ¡Ya la has soltado bastante!

BASTI. ¡Es que la sangre me alteras!
Porque un buen republicano
que ame a su patria no piensa
en fabricarle conflictos
ni se ha de poner al lado
ni en provocarle miserias,
de los que la boicotean,
sean éstos de las zurdas
o sean de las derechas.
Lo que hace falta es trabajo,
y lo que sobran son huelgas.
(En el transcurso de este diálogo se han ido sentando todos. Las mujeres han sacado la comida de los capachos, los operarios han sacado sus tarteras y todos se ponen a comer.)

FOR. 2.º Tú siempre has de ver las cosas
del lado de la despensa.

FOR. 1.º En esto estoy con Celino,
aunque Bastiana se ofenda.
Mientras el capitalismo
siga en pie; mientras la tierra
se rinda al poder del oro,
no hay democracia perfecta,
que Trabajo y Capital

hacen muy mala pareja.
BERNA. ¿El capitalismo?... ¡Bah!
Ya veis que se tambalea.
FOR. 3.º Pues, para acabar de echarlo,
¿la República a qué espera?
BERNA. El fruto no está maduro.
Paciencia, mozos, paciencia.
Ya cumplió el capitalismo
sus destinos en la tierra;
pero hay que dar tiempo al tiempo,
que la evolución es lenta.
FOR. 2.º Pues si hay que dar tiempo al tiempo,
¿para qué están las izquierdas?
BERNA. Para ir abriendo camino
a las ideas modernas.
¿Qué queréis? ¿Que la República,
en pocos días que cuenta,
resuelva lo que no pudo
resolverse en tantas décadas?
¿Tan pronto la habéis creado
queréis echarla por tierra
sin esperar que dé fruto
la semilla que ahora siembra?
¿Qué pretendéis? ¿Destrozarla
empujando todos de ella
según plazca a los antojos
de los que la boicotean
con absurdos extremismos
de la izquierda o la derecha?
(Poniéndose gradualmente en pie.)
Oh, no. Hay que dejar que avance,
firme, segura, serena,
sobre su carro triunfal,
llevando firmes las riendas
y desplegada a los vientos
la gloria de su bandera.
¿Que está sembrando el camino
de baches, brozas y piedras?
Manos hay que los aparten
y echen laurel en la senda.
¿Que el caballo, fatigado,
entre sudores jadea?

Brazos hay que hagan al carro
ascender hacia la meta.
¿Que a la derecha hay un abismo?
¡Pues se vira hacia la izquierda!
Y si en el abismo ruge
el hombre de la caverna
al ver cómo se le escapa
de entre las manos la presa,
nada tema la República,
porque su carro rodea
un pueblo que, esperanzado,
toda su fe puso en ella.
Y él le gritará al caballo,
acuciando su impaciencia:
«Caballo de la República:
galopa bien; no te tuerzas.
Vuela a la cumbre, a la cumbre,
a plantar nuestra bandera;
que la cumbre es libertad,
y la victoria ya es nuestra.
Caballo de la República:
vuela sin temores, vuela.
¡Sus y a la cumbre! ¡A la cumbre!
¡Siempre a la izquierda! ¡A la izquierda!»

ESCENA VI

Dichos y el *Contable*, por lateral derecha.

CONTA. *(Emocionado.)* ¡Señor Bernardo!...
BERNA. ¿Qué pasa,
don Joaquín?
CONTA. ¡Cosas muy serias!
FOR. 1.º ¿Pero no fué usté a comer?
CONTA. En comer cualquiera piensa.
He estado todo este rato
pegado junto a la puerta
del despacho. Yo ya sé
que es una cosa muy fea

eso de estar escuchando
oculto tras de las puertas.
No me gusta, no me gusta.
Pero hay casos...

JUAN Venga, venga.
¿Qué ha escuchado usté?

CONTA. Muchachos,
la cosa se pone seria.
Los señores del Consejo
de Administración intentan
haceros una jugada
de las gordas.

FOR. 1.º Quizá piensan
cerrar la fábrica.

CONTA. ¡Bah!...
¡Si cerrarla sólo fuera! *(Con misterio.)*
¿No visteis que don José
salió con una cartera
esta mañana?

BERNA. Sí; es cierto.
Mas no veo que esto sea...

CONTA. Salió con ella vacía...,
y ha vuelto con ella llena.
¿Sabéis de qué?... ¡De billetes!

FOR. 2.º ¡Mira si los repartiera!

CONTA. ¡Repartir!... ¿Sabéis qué han hecho?
Pues retirar de la cuenta
de los Bancos sus valores
hasta la última peseta.
(Se oye en la calle la bocina de un auto.)
¿Y no sabéis para qué?
Esa bocina que suena
es de un auto que, en la esquina,
apostado les espera
para llevarse el caudal
más allá de la frontera.
Se escapan de nuestra Patria
cargados con sus pesetas.
¡Se escapan, hijos, se escapan,
dejándoos en la miseria!

JUAN ¡Oh, no será! ¡No será!

No hay que dejar que cometan
esa infamia.

CONTA. ¡ Psch !... ¡ Silencio !
No me descubráis. Ya llegan.
(Vuelve a oírse la bocina. Sale por la derecha don José, acompañado de otros dos señores, con una voluminosa cartera. La campana llama a los obreros al trabajo.)

ESCENA VII

Dichos, el *Patrono* y dos patronos más. Más tarde, un *Obrero sin trabajo* y cuatro compañeros suyos.

PATRO. Ya es la hora. A trabajar,
muchachos, todos con fe.

JUAN Perdone usté, don José.
Antes tenemos que hablar.

PATRO. ¿Qué ocurre?

JUAN Pues que la gente
parece que está excitada,
porque, con razón, presiente
alguna mala jugada.
Y... como les ven salir
llevándose esa cartera...

PATRO. ¿Qué es lo que quieres decir?

JUAN Que bien pudiera ocurrir
que fueran con ella a huir
camino de la frontera.
Y aquí ninguno va al tajo
si la verdad no se aclara.
Conque hablemos, cara a cara,
el Capital y el Trabajo.

PATRO. ¡ Pero qué insolencia es ésta !
¡ Dónde se vió que un obrero
me exigiera una respuesta
a cuenta de mi dinero !

JUAN Será de usté, don José,
el dinero, el capital.

Pero no dispone usté,
a su antojo y su mercé,
del tesoro nacional.
Y ese dinero es tesoro
que en la Patria fructifica;
y sin él, sin ese oro,
jamás podrá hacerse rica
ni mantener su decoro.
Y como la Patria entera
precisa, para alentar,
del oro de su cartera,
que quiera usté o que no quiera,
ella le sabrá cerrar
el paso de la frontera.

PATRO. Ea, basta. A vuestro tajo,
que yo mando en mis dineros.
¡Paso franco! ¡Atrás, obreros!
(Los obreros, un poco intimidados, se apartan, dejando visible el portalón del foro. A este tiempo aparecen, cruzando por la calle, cuatro obreros sin trabajo, que llevan una manta extendida. Otro obrero, de cara famélica, penetra en la fundición, gorra en mano, y se detiene a dos pasos del umbral.)

OBRE. Un socorro, compañeros,
al obrero sin trabajo.

JUAN ¡Sin trabajo!... ¿Lo oye usté?
¿Y habla usté de capital
cuando asoma, don José,
la miseria en ese umbral?
¡Oh, no!... Mientras un obrero
no tenga techo y comida;
mientras haya un compañero
que, al igual que el pordiosero,
deba ganarse la vida;
mientras los brazos viriles,
temblorosos, claudicantes,
tengan que extender, serviles,
estas mantas vergonzantes;
mientras exista un obrero
que no gane su jornal,
no os llevaréis el dinero,

¡porque hay que salvar primero
el decoro nacional!

PATRO. ¡Paso he dicho!

JUAN *(Cogiendo el macho y cerrando el paso.)*
Y digo yo
que es inútil insistir.
Ninguno intente salir,
que no abro el paso. ¡No!. . ¡No!...
(Los obreros inician una actitud agresiva. Los patronos se detienen. Las mujeres quedan al fondo. El «sin trabajo» y sus compañeros, al foro.)

TELÓN

ESTAMPA SEGUNDA

Salón en un palacio episcopal. Puertas laterales. Balcón al fondo. Cortinajes en las puertas. Cuadros de asuntos místicos en las paredes. A la izquierda, una mesita de trabajo, sobre la que se alza un crucifijo entre un sinfín de libros y papeles. Es de noche. Sólo una lámpara con pantalla, colocada sobre la mesa, alumbra la escena.

(Al levantarse el telón está Monseñor sentado ante la mesita, escribiendo.)

ESCENA PRIMERA

Monseñor; en seguida *el Secretario.*

(Monseñor, tras breves instantes de escritura, toca un timbre que habrá sobre la mesa.)

SECRE. *(Por lateral derecha.)* ¿Llama monseñor?

MONSE. Sí, llamo.
¿Hay alguien en la antesala?

SECRE. Ese señor sacerdote
de la iglesia de Peralta,
a quien citó su eminencia
para esta tarde.

MONSE. *(Después de permanecer pensativo breves instantes.)* Y ¿qué pasa
por la ciudad?

SECRE. Malas nuevas.
La gente dicen que anda
revuelta. La Policía
ha simulado unas cargas.
Pero no ceden, no ceden.

MONSE. ¿Y los de la buena causa?

SECRE. Se lanzaron a la calle
al grito de «¡Viva el Papa
y viva el rey!» Son valientes,
pero la imponente masa
los arrolló.

MONSE. ¡Y han huído!
¿Pero no recomendaba
en mi pastoral la fe
en el triunfo de la causa?
¡Oh, qué dirá de nosotros,
desde el destierro, el monarca!
Díganles que no se entreguen,
que luchen; que Dios ampara
al que combate con fe
por el trono y por la tiara.

SECRE. Es ya inútil, monseñor.
La multitud, exaltada,
abandonó sus hogares
y, por calles y por plazas,
pidiendo va a los Poderes
que tome sus represalias.

MONSE. ¡Oh, qué dolor! ¡Qué dolor!...
Y el Gobierno, ¿qué hace?

SECRE. Nada.
¿Qué va a hacer?

MONSE. ¿Pero consiente
que se le monte a las barbas
el pueblo? ¿Cómo no ordena
que lo disuelvan a cargas
o a tiros?

SECRE. Oh, monseñor,
es que ahora el pueblo es quien manda.

MONSE. Ya se lo decía al rey
antes de que esto llegara:
«Dictadura, dictadura;
dictadura a rajatabla.»
Por no escucharme perdió
la corona. Bien lo paga.
Y bien pagamos nosotros
la flaqueza del monarca.
(Con abatimiento.) Pueblo sin Dios y sin rey.
¡Cuánto dolor... y qué infamia!

SECRE. No se aflija, monseñor.
No hay que perder la esperanza.
MONSE. *(Con energía.)* ¡Oh, volverá, volverá!
No he de cejar en la causa.
Si ellos tienen el Poder,
yo en el papel tengo un arma.
Sembraré de pastorales
el suelo de nuestra patria;
inculcaré el entusiasmo
y la inquietud en las almas.
Y el rebaño de la Fe
devolverá a su monarca
el trono que le ha usurpado
la ambición de esa canalla.
SECRE. Serénese su eminencia,
y, para su alma turbada,
en el dulcísimo nombre
de Jesús busque la calma.
MONSE. *(Dominándose.)* Sereno estoy, hijo mío.
(Transición.) ¿Dijo usted que en la antesala
está el señor sacerdote
a quien cité?
SECRE. Sí, y aguarda
a que monseñor...
MONSE. Que pase.
SECRE. Con su venia. *(Vase por lateral derecha.)*
MONSE. ¡Pobre patria!
¿Qué delito cometiste
que así has caído tan baja?
Sin Dios, sin honra, sin rey...
¡Pobre patria! ¡Pobre patria!

ESCENA II

Monseñor y *Sacerdote.*

(Este entra por lateral derecha. Es un humilde cura de pueblo. Su sotana, rota y remendada, dice a las claras de la penuria económica en que vive.)
SACER. ¿Permite su eminencia?...

MONSE. Sí. Adelante.
(El sacerdote se adelanta a besarle el anillo.)
SACER. Recibí, monseñor, esta mañana
recado de venir...
MONSE. Cierto, hijo mío.
Necesito que hablemos dos palabras.
SACER. Dígame su eminencia.
MONSE. Me aseguran
personas de mi entera confianza
que no cumple usted, padre, los deberes
por Dios marcados a un pastor de almas.
SACER. Ignoro lo que puedan haber dicho
a monseñor. Mi vida está muy clara.
La misa cotidiana en mi iglesica ;
el desayuno, a solas, en mi casa ;
por la tarde, el sermón o la novena,
y de noche, mis rezos... y a la cama.
Habrá vidas fecundas y mejores
para el bien de la Iglesia y de las almas ;
pero sin duda, monseñor, no existen
vidas más apacibles ni más claras.
MONSE. Lo sé, lo sé. Nadie lo puso en duda.
Pero en la vida la moral no basta.
Y su moralidad, siendo muy digna,
tiene relieves y facetas malas
que hay que limar.
SACER. ¿De qué, de qué me acusan?
Mi sueldo es poco, mas con él me basta.
Tengo lo que un buen cura necesita
para vivir : tranquilidad del alma,
un pedazo de pan para el sustento
y esta túnica negra remendada.
Así cruzó la vida el Galileo,
y era el hijo de Dios. El da la pauta.
MONSE. Hijo mío : ya asoman las ideas.
SACER. Ideas, monseñor, de fe cristiana.
MONSE. No me oculte, hijo mío, el pensamiento.
Usted va más allá. Usted ataca
al árbol de la Iglesia en sus raíces
con arma de dos filos. Esa espada
de la humildad, puede tornarse atea
según se la maneje. La ignorancia

de la plebe interpreta la humildad
en un tono feroz, iconoclasta.
No es la humildad de Dios lo que predica;
es la igualdad de clases y de castas,
es el odio a la cumbre, al privilegio.

SACER. Y es justo, monseñor. El mundo avanza.

MONSE. ¡Ah, lo confiesa usted! No me han mentido.
Luego es cierto que usted, haciendo cátedra
del púlpito sagrado, en sus sermones
apoya a esas absurdas democracias.
¡Luego es cierto que usted hizo en el templo
declaración de fe republicana!

SACER. Es cierto, monseñor.

MONSE. ¿Y lo confiesa
sin rubor?

SACER. Sin rubor. Las buenas causas,
cuanto más cerca están de la Justicia,
más cerca están de Dios.

MONSE. Las democracias
se apartaron de Dios, porque anteponen
el poder de la plebe soberana
al poder de la Iglesia, inmarcesible,
intangible, inviolable, que se ufana
de su origen divino, y que dispone
del imperio sagrado de las almas.
¡Separar a la Iglesia del Estado!
¡Someter a su clero y sus jerarcas
bajo el fuero común! ¡Arrebatarles
los privilegios que hasta aquí gozaban!
¿Y es usted quien defiende esos principios?
¿Y hace usted profesión republicana,
uniéndose a una plebe vocinglera
que detesta a la culta aristocracia,
que arroja por la borda el privilegio
y echa del trono augusto a su monarca?
¿Y es usted sacerdote? ¿Y no recuerda
que Cristo ha dicho: «Reinaré en tu patria»?

SACER. Soy sacerdote, sí. Yo sigo a Cristo.
Su dulce credo me ha invadido el alma
y por el mundo voy, sembrando siempre
la semilla inmortal de sus parábolas.
Pero yo, monseñor, no sigo al Cristo

falseado en imágenes y estampas ;
al Cristo de oropel, vestido siempre
de oros, de sedas, de tisús y platas ;
al Cristo que se muestra en los altares,
impecable la túnica, peinada
la rubia cabellera, con un gesto
de displicente y muda aristocracia,
esplendente de luz, entre los brillos
de coronas, de joyas y de lámparas.
Yo sigo al otro Cristo. Al Galileo.
Al que fué por el mundo sin sandalias,
revuelto el pelo bajo el aire ardiente
de aquella Palestina legendaria.
Yo amo a aquel Cristo humilde y mal vestido,
muerto de hambre y de sed, que caminaba
de lugar en lugar, doquier sembrando
la semilla de amor entre las almas.
Yo sigo al Cristo aquel que era enemigo
de toda ostentación, de toda infamia ;
el que atacó a los ricos fariseos
y del templo arrojó a la vil canalla ;
el divino rebelde a quien seguía
el fervor encendido de las masas
sedientas de justicia, y que caía
vencido por las burdas autocracias.
Nada quiero aceptar de vuestro Cristo,
que pacta con magnates y monarcas,
que admite privilegios y riquezas
y reparte prebendas a mansalva.
Me quedo con mi Cristo, el verdadero,
el viajero sediento de Samaria,
el vencido, el humilde, el gran rebelde
de la túnica rota y remendada ;
el Cristo de los tristes, de los pobres ;
¡el Cristo miserable de los parias !

MONSE. ¡Oh, basta, basta ya ! No me han mentido.
Tiene usted, padre, condenada el alma.
Habla usted como herético.

SACER. Eminencia :
hablo lleno de fe republicana.

MONSE. Pues yo ahogaré esa fe pronto, muy pronto.
Seranle sus licencias retiradas.

No puedo consentir que el bajo clero
haga causa común con la canalla.
SACER. La República...
MONSE. Basta. Usted se debe
a la causa de Dios y de la patria,
y ha ultrajado a su rey públicamente
al hacer profesión republicana.
SACER. Monseñor, ya no hay rey.
MONSE. Aunque no quieran,
lo habrá. ¡Lo habrá! Yo lo traeré a su patria.

ESCENA III

Dichos y *Secretario.*

(Que entra precipitadamente, con el semblante descompuesto.)
SECRE. ¡Monseñor!...
MONSE. ¿Qué es lo que ocurre?
SECRE. Que, desenfrenado, el pueblo
ha tomado represalias
contra el monárquico intento,
y las teas enarbola
para incendiar los conventos.
MONSE. ¡No es posible!
SECRE. Monseñor:
quien lo dude puede verlo
con sólo abrir el balcón.
(Se dirige al fondo y abre el balcón. Cual gigantesca hoguera, un convento incendiado llena de luces trágicas la noche de la ciudad.)
Mirad, mirad el siniestro
resplandor. Rasgan las sombras
las espirales del fuego,
y es la ciudad toda roja
bajo el fulgor del incendio.
MONSE. ¡Oh, pueblo, pueblo sin Dios!
¿Quién te empujó al sacrilegio?
(Volviéndose iracundo hacia el sacerdote.)

¿Y es usted, padre, el que ampara
la libertad de ese pueblo?

SACER. No es el pueblo, monseñor,
el que provocó ese incendio.
Es la intransigencia vuestra,
es ese tono soberbio
reñido con la divina
mansedumbre del Maestro.
Es vuestro afán de dominio
temporal. Es ese intento
de sostener potestades
que rodaron con el cetro.
El pueblo respeta a Dios.
El pueblo, señor, es bueno,
aunque haya en él exaltados
propensos al desafuero.
El pueblo es bueno, señor;
pero es también justiciero,
y sabe imponer la ley
y sojuzgar a su clero
cuando le ve, en rebeldía,
alzarse contra el Derecho.
Pidamos perdón a Dios;
la Libertad respetemos;
no queramos poner vallas
a la voluntad de un pueblo.
Y con el alma contrita
recemos, señor, recemos
de rodillas..., de rodillas,
ante el fulgor de ese incendio
que viene a purificarnos
de nuestras culpas y yerros.
(Cae de rodillas en actitud de orar.)

MONSE. *(Irguiéndose retador.)*
¿¿Perdón a Dios?... ¡No! ¡Jamás!
Que le pidan perdón ellos,
los que humillaron al rey;
los que a tu trono ofendieron;
los que quieren sojuzgar
las potestades del clero;
los que la tea incendiaria
llevaron a los conventos.

¡Maldición sobre esas turbas
que ha vomitado el averno!
¡Maldición a esa República
de farsantes y de ateos!
¡Maldición, sí, maldición!
¡Maldición sobre ese pueblo!

SECRE. ¡Oh, cálmese, monseñor!

MONSE. Déjenme solo, que quiero
quedarme aquí con mi Dios
y mis tristes pensamientos.

SECRE. Monseñor...

MONSE. Déjenme he dicho.
Déjenme solo. ¡Lo quiero!
(Cae abatido sobre su asiento. Los sacerdotes, atemorizados, se retiran por lateral derecha.)

ESCENA IV

Monseñor. En seguida *La República.*

MONSE. *(Irguiéndose amenazador contra la ciudad.)*
Pueblo sin Dios, necio y vil,
pueblo de republicanos:
aunque hermanos contra hermanos
acabéis yendo a las manos
en una guerra civil,
yo he de lanzar, justiciera,
contra el furor de esa hoguera
la furia de mis leales,
y de frontera a frontera
se alzará la Patria entera
al son de mis pastorales.
¡Y no cejará mi encono
hasta arrollar vuestra ley
y colocar a mi rey
sobre las gradas del trono!
(Se apagan las luces en la escena. Al volverse a iluminar aparece la vista de la ciudad, a todo foro. En el centro, un poco más alta del nivel del suelo, para que domine la escena, La República, *or-*

nada con la banda tricolor. Un foco de luz blanca la ilumina. Esta mutación debe ser lo más rápida posible.)

REPU. Es ya tarde, monseñor.
Sería fatal intento
calmar a un león sediento
con las hieles del rencor.
Yo he venido a vuestra tierra
para traeros la paz ;
no a amparar esa tenaz
provocación a la guerra.
Y no he de aguantar insultos
ni absurdas intransigencias.
Habrá libertad de cultos
y libertad de conciencias.
Y en el seno de la ley,
todos en pie de igualdad,
gozaréis la libertad
de nuestra Patria sin rey.
¡ Sin rey ! Tenedlo entendido
los que de la religión
pretendéis sacar partido
para una restauración.
Eso no puede volver
mal que pese a vuestro encono ;
eso ya dejó de ser ;
que todo se puede hacer,
todo, sí, menos poner
un cadáver sobre un trono.
Dejadme, pues, de atacar,
porque no he de tolerar
que, de mi sol a la luz,
la sombra querais alzar
del cura de Santa Cruz.
No haréis la guerra civil,
porque el pueblo, aunque creyente,
no tolera ni consiente
a los curas con fusil.
Conque alerta, monseñor,
que la Patria es soberana ;
y ha jurado, por su honor,

mantener el esplendor
de su fe republicana.
(Mutación. Al hacerse la luz, la escena toma su aspecto anterior. En el foro han desaparecido ya las luces del incendio.)

MONSE. Sueño, quimera, ilusión;
no me asusta tu amenaza;
pesa mucho en nuestra raza
la fe de la tradición.
Y, si quieren con su ley
derrocarla tus leales,
a la guerra irá mi grey
con sus banderas reales
desplegadas y triunfales,
al grito de «¡Cristo Rey!».

ESCENA V

Monseñor, Secretario, Familiar y dos *Pajes.*

(Estos entran asustados por lateral derecha. Se adelanta el secretario, y el familiar y los pajes se quedan hacia el foro.)

SECRE.
Monseñor...

FAMIL.

MONSE. ¿Qué es lo que pasa?

SECRE. Una nueva felonía.
Han rodeado la casa
agentes de Policía.

MONSE. ¿Y qué vienen a buscar
en este santo lugar
los esbirros de la plebe?
(Viendo el silencio del secretario.)
Hable, padre. ¿No se atreve?

SECRE. *(Compungido.)*
Sí. Le vienen a arrestar.

MONSE. ¡Arrestarme a mí! ¡A un primado!

¿Quién tendrá tal osadía?
¡Soy inviolable! ¡Sagrado!
FAMIL. *(Que quedó junto a la puerta.)*
El jefe de Policía.

ESCENA VI

Dichos, Jefe de Policía y dos *Agentes.*

JEFE Señor Cardenal: perdón
quiero ante todo pedir
si venimos a cumplir
una enojosa misión.
MONSE. Hable usted con claridad.
JEFE Hablar así me es preciso.
Y le ruego que, sumiso,
acate mi autoridad.
Orden traigo de prenderle
y llevarle a la frontera.
MONSE. Si no quiero obedecerle...
JEFE *(Correcto.)*
Ya encontraré la manera,
monseñor, de convencerle.
MONSE. Si me niego...
JEFE No es posible.
MONSE. ¿Quién somete a un cardenal
que se muestra irreductible?
JEFE La Dirección General.
MONSE. Jamás en tiempos del rey
se ha sometido a la ley
la autoridad de un primado.
JEFE *(Irónico.)*
Los tiempos han cambiado,
y, con los tiempos, la ley.
MONSE. ¿Y son ustedes cristianos?
Ese tono irreverente...
JEFE Somos, señor, solamente
agentes republicanos.
MONSE. La República no acato.

JEFE Por esa misma razón
traemos aquí el mandato
de reducirle a prisión
y acompañarle en un coche
camino de la frontera.

MONSE. ¿Y esto ha de ser...?

JEFE Esta noche.
El auto ya nos espera.
(Se oye en la calle el tumulto del pueblo. A la escena llegan voces de «¡Fuera!», «¡Que se vaya!»)
Procure, pues, monseñor,
abreviar, porque el rumor
ya corrió de su partida
y abajo suena el clamor
de la gente enfurecida.

MONSE. *(Dándose por vencido.)*
Me someto a vuestra ley
porque en sus redes me aferra.
Arrojadme de esta tierra;
no importa. Queda mi grey
puesta toda en pie de guerra
por su clero y por su rey.
(Caen de rodillas familiares y pajes.)
En marcha.
(Con despecho por los que gritan.)
Pueblo traidor
a tu augusto soberano:
tu odio me expulsa...

JEFE Señor;
no es el odio, es el honor
del pueblo republicano.
(Monseñor inicia el mutis.)

TELÓN

ESTAMPA TERCERA

Un pueblo. A la derecha, una posada. A la izquierda, fachada principal del Ayuntamiento. Ambas con puerta practicable; esta última adelantándose hacia el centro de la escena de modo que sea bien visible para el público. Al foro, el campo. Frente a la posada, una mesa rústica y algunos taburetes. El balcón del Ayuntamiento está engalanado con una bandera tricolor a modo de colgadura. De él pende un gran cartelón que dice: «¡Biba la reyna de ungría!» Son las horas mediadas de la tarde.

NOTA.—El autor, premeditadamente, no ha querido marcar en el diálogo de este cuadro un estilo determinado de habla regional, dejando al arbitrio de los actores el que destaquen en sus respectivos personajes el sabor campesino que el ambiente requiere.

ESCENA PRIMERA

Alguacil, Guardabosque y el *Tío Antón.*

(Al levantarse el telón está el Alguacil del Ayuntamiento colocando unas cadenetas de papeles de colores de un lado a otro de la escena, subido en un taburete. El Tío Antón, de pie, ante la puerta de la posada. El Guardabosque, sentado ante la mesa, bebe un chato, con la escopeta apoyada entre las piernas.)

ALGUA. ¿De modo, tío Cartucho,
que las cosas andan mal?
GUAR. Sí, hijo, sí. Pero que mucho.
Ya no hay quien tenga un real.
ALGUA. Bueno. Siempre habrá un pitillo
para convidar.
GUAR. Verás.
Si es un pitillo no más...,
eso no arruina un bolsillo.

Tómalo.
ANTON Esa cadeneta
parece que cae un poco.
ALGUA. *(Bajando del taburete y tomando el pitillo que le da el guardabosque.)*
Déjela usté. Me trae loco.
Estoy por darle boleta
al oficio. Si no fuera
porque es cosa del alcalde,
dejaba que otro lo hiciera;
que no está la faltriquera
para trabajar de balde.
GUAR. Menudo cuco está hecho.
Como que trabajas tú
ni pa el virrey del Perú
como no saques provecho.
ALGUA. Le juro que no. Formal.
Lo que pasa es que conviene
estar a bien con quien tiene
al burro por el ronzal.
ANTON *(Por el cartelón del Ayuntamiento.)*
Y escucha, tú. ¿Ese letrero
lo vais a dejar así?
ALGUA. Toma. Pos claro que sí.
Si es el encargo primero
que me dió el siñor rector.
ANTON No sé, pero me barrunto
que eso aquí no pega junto
con la enseña tricolor.
En tiempos republicanos
parece cosa de cuento
que le dé un Ayuntamiento
«vivas» a los soberanos.
ALGUA. Hay «vivas»... y «vivas».
ANTON Ya.
Pero es que éste... es con corona.
ALGUA. Como mañana será
la fiesta de la Patrona
del pueblo.
GUAR. Santa Isabel,
reina de Hungría.
ALGUA. La misma.

ANTON ¿Y quién pintó ese cartel?
ALGUA. Yo, que me he quebrao la crisma.
Porque, la verdad : muy ducho
no estoy en letra ; al contrario.
Y gracias a un diccionario
que me prestó el boticario,
que me ha servido de mucho.
ANTON Pero, volviendo al asunto
de largas «vivas reales»,
creo..., no sé... ; me pregunto
si estarán muy en su punto
nuestros buenos concejales.
ALGUA. Por poca cosa se espanta,
tío Antón.
GUAR. ¡ Es a una santa !
ALGUA. Y, a más, que un día es un día.
ANTON Pero es que el letrero canta :
«¡ Viva la reina de Hungría !»
Y cuando la monarquía
ya ha caído, y en su puesto
la República se asienta,
no hay que salirse del tiesto.
Le debiais haber puesto
un «¡ Viva la Presidenta !»
ALGUA. Usté siempre en radical.
ANTON Yo siempre en hombre sencillo
que se pone en lo cabal.
Y eso... me huele a tufillo
monárquicoclerical.
ALGUA. Y, después de todo, ¿qué?
¿A usté qué le va y le viene?
Lo que a todos nos conviene
es tranquilidad. ¿Está usté?
¿Que cura y Ayuntamiento
andan dándose las manos?
¿Que resulta que es un cuento
lo de ser republicanos?
Allá ellos, tío Antón.
Eso es política agraria.
Usté quieto en su mesón
a contemplar la función
desde la acera contraria.

Porque, al fin, los que aquí mandan
son ellos. ¿Está explicao?
Y, con los tiempos que andan,
no es cosa de hilar delgao.

ANTON ¡Pues hay que hilar!

GUAR. Tío Antón:
voy a ponerle mi ejemplo;
que el querer ser cabezón
es un error como un templo.

ANTON Déjame en paz.

GUAR. No se amosque.
que aún no he empezao.

ALGUA. ¡A las tres!

GUAR. Diez años soy guardabosque
en el coto del marqués.
Digo marqués..., por decir;
porque he leído en papeles
que acaban de suprimir
los escudos y cuarteles.
No hay títulos, ¿sabe usté?
Los han quitao de un plumazo.
Eso se acabó, se fué
al darle al rey pucherazo.
Con lo cual que ahora mi amo
es como usté y como yo,
y tan plebeyo quedó
como todos los del ramo.
¿Pos cree usté, tío Antón,
que a causa de ese bajón
le he quitao el tratamiento?

ANTON No sé, pero es de razón.

GUAR. Vamos, hombre, ¡qué guasón!
Antes que hacerlo, reviento.
El marqués es el marqués,
manque el Gobierno no quiera.
Si antes lo fué, lo es después.
Y, además..., aunque no fuera,
yo se lo llamo; eso es.
Y si le escribo, por mor
de que un día lo recobre,
le pongo siempre en el sobre:
«Ilustrísimo señor».

ANTON Entonces, ¿en dónde estamos?
¿Dónde está la democracia?
ALGUA. Ay, tío Antón. Por desgracia,
los amos siempre son amos.
ANTON Hacen mal. La cosa está
muy revuelta, y no lo ven.
El pueblo aguanta, es verdá;
pero se cansa también.
Y tanto le hacen la guerra
los que quieren ir chupando...
Ya veis lo que está pasando
con el reparto de tierra.
GUAR. Calle usté. No pasa nada.
Todo son ganas de hablar.
ANTON Yo... lo que oigo en la posada.
La gente está disgustada.
GUAR. ¡Bah! Ya la harán contentar.
¡Pos sí que estaría bueno
volver el mundo al revés!
ALGUA. *(Con guasa.)*
Y dejarle a usté al sereno,
sin el coto del marqués.
GUAR. *(Poniéndose serio.)*
Oye, tú. Eso, ni en broma
me lo vuelvas a decir.
Quien lo quiera repartir
que venga, a ver si lo toma.
Son mis garbanzos, ¿te enteras?
Y como eso es muy sagrao,
le pongo unas carteleras
que digan: «Coto vedao
pa el reparto.» ¡Y se ha acabao!
Me planto mis cartucheras,
al hombro este trasto me echo,
(La escopeta.)
y ni a ley ni a Dios escucho.
Hombre que venga, cartucho
que le enjareto en el pecho.
Que si hay que d'irse a las manos,
ya sabéis que yo no huyo.
Aquí..., muy republicanos,
pero a cada cual lo suyo.

ESCENA II

Dichos y el *Sacristán,* que entra, vestido de sotana, por el foro izquierda.

SACRIS. ¡Ave María Purísima!
GUAR. Hola, amigo sacristán.
Qué, esas fiestas ¿cómo van?
SACRIS. Haciéndonos la santísima.
Estoy con tanto ajetreo
que no me tengo de pie.
(Al Alguacil.)
Y, a propósito: ¿hizo usté
el cartel?... Ah, sí. Ya veo.
(Leyendo.)
«Viva... la reina... de Hungría».
ALGUA. ¿Qué te parece?
SACRIS. Un primor.
Está usté hecho un profesor
en eso de ortografía.
(A todos.)
Bueno. Lo que rabiarán
los del tendido de enfrente.
Puede que alguno reviente.
ANTON A ver, muchacho, si os dan
para el pelo.
SACRIS. ¡Bah!...
ANTON Que están
las cosas muy malamente.
Ya sabéis que los de aquí,
cuando se ponen, son brutos;
y el provocarles así
tiene que dar malos frutos.
No le deis mucho al badajo
pa que suene la campana.
La gente es republicana,
anda falta de trabajo,
sobra en el campo bracero

con la gente que ha acudido
a la caza del puchero,
y está ahora el pueblo invadido
de elemento forastero.
Conque dejad el pandero,
que no estamos pa ruido.

SACRIS. A propósito, tío Antón,
voy a hacerle una pregunta.
Por el pueblo se barrunta
que ha llegado a su mesón
Juan del Pueblo, el compañero
que se marchó del lugar
hace años, a trabajar
en la corte como herrero.

ANTON Es verdad. Lo tengo aquí.
La noche pasada vino.

SACRIS. De mozo fué mi vecino.
¿Y viene a quedarse?

ANTON Sí.
Digo, si encuentra trabajo.
Porque, chico, la verdad,
creo que allí en la ciudad
no hay modo de encontrar tajo.
Y como le ha sucedido
que le han cerrao el taller,
el hombre, al verse perdido,
se ha traído a su mujer
y a un chiquitín que han tenido.
Créete que es una pena
que el mozo se encuentre así.

SACRIS. ¿Y ella?

ANTON Parece muy buena.

ALGUA. Mal van a pasarlo aquí.

ANTON Figúrate. ¡Y con un chico!
Porque, aunque él se lo propone,
tal como el campo se pone,
no hay donde coger un pico.
Eso va a acabar muy mal.

SACRIS. Bien que yo se lo decía.
No hay más que la monarquía,
que es una cosa formal.
Lo demás es comunismo,

anarquismo
y ateísmo.
¡Una catástrofe pública!
(Como el que no hace nada, se bebe el chato del Guardabosques.)

ANTON Pero, oye, tú. La República...

SACRIS. Qué más da. Todo es lo mismo.
Hay que salvar la nación.
(Al Guarda.)
¿No es verdad?

GUAR. Sí, chico, sí.

SACRIS. ...y la santa religión.
Ya verán la asociación
que estamos formando aquí.
Vamos a dar mucha guerra,
pero impondremos la ley.

ANTON ¿Quién es vuestro jefe?

SACRIS. *(Con importancia.)* ¡El rey!

ANTON ¡Echale un galgo!

SACRIS A su tierra
ha de volver si se emperra
en quererlo nuestra gente.

ANTON Pues di tú que está perdida
la República.

SACRIS. En su vida
habló usté más cuerdamente.
Por de pronto, aquí, mañana,
con motivo de la fiesta,
se va a hacer pupa en la cresta
la afición republicana.

ALGUA. La verdad que por la fe
bien trabajas.

SACRIS. ¡Quite usté!
Estoy pasando hoy un día
que no sé si acabaré
con alguna alferecía.
¡Pero menuda función
estamos organizando!
Misa cantada; sermón;
la solemne bendición
de un pendón que están bordando

las hijas de don Servando
para nuestra asociación.
Por la tarde, procesión
y visita al santuario ;
fin de novena ; rosario
y solemne Exposición.
Hay que dar en la cabeza
a más de cuatro pelmazos.
Aquí todo el mundo reza,
o salimos a estacazos.

ANTON Muchacho, ve con cuidado,
no te rompan el bautismo.

SACRIS. ¡ Haría falta cinismo !

GUAR. Un sacristán es sagrado.

SACRIS. Es sagrado. Y, además,
que a mí ninguno me amola.
Repare usté qué pistola.
(Saca una pistola de la sotana.)

ANTON Oye, chico, ¿a dónde vas
con eso? ¿Os estáis armando?

SACRIS. ¿Ahora es cuando usté se entera?
¡ Las armas que están pasando
de «extranjis» por la frontera !
Que lo diga el alguacil.

ALGUA. Oye, tú. Yo no sé nada.

SACRIS. ¿No tenemos preparada
la guerra santa civil?

ALGUA. No sé. No me meto en líos.
Yo soy del Ayuntamiento.

SACRIS. ¿Y es usté un hombre de bríos?
Le borro en este momento
de la lista de los míos.

ALGUA. Pero...

SACRIS. Lo dicho. Y me voy,
que el rector me está esperando.
Y como sepa que estoy
aquí tanto rato hablando...
(Iniciando el mutis.)
Vaya. A esperar a mañana.

GUAR. La afición republicana
ha de pasar un mal día.

SACRIS. ¡ Mejor ! A gritar con gana :

«¡Viva la reina... de Hungría!»
(Hace mutis por la derecha foro.)

ESCENA III

Dichos, menos *Sacristán.*

ANTON Demonio de sacristán.
Vaya; me voy para adentro.
GUAR. *(Poniéndose en pie.)*
Pues yo voy a ver si encuentro
al alcalde.
ALGUA. Aun estarán
de Concejo.
GUAR. *(Echando el dinero en la mesa.)*
Cobre el chato.
ALGUA. ¿No espera usté?
GUAR. Si no es mucho...
ALGUA. Pues pase, tío Cartucho.
GUAR. *(Al tío Antón.)*
Hasta luego.
ANTON Hasta otro rato.
(El Guardabosque y el Alguacil entran en el Ayuntamiento. El tío Antón recoge los cuartos y el vaso y entra en la posada.)

ESCENA IV

Juan del Pueblo y el *abuelo Bernardo.*

(Entran por el foro derecha con aire abatido.)
JUAN Bien claro lo ve usté, abuelo.
No hay modo de hallar trabajo.
Si mala está la ciudad,
peor se encuentran los campos.
BERNA. No te aflijas, hijo mío.
Quizá haga Dios un milagro.
JUAN Yo, más que nada, lo siento
por usté, señor Bernardo.

Por usté y la pobre vieja
que se ha quedado esperándolo.

BERNA. ¡Ah, si no fuera por ella,
Juan del Pueblo!... Poco valgo,
pero para alzar un pico
aún queda fuerza en mis brazos.
Si no fuera por mi vieja,
no estaría preocupado,
que al fin un hombre es un hombre,
y el mundo es grande. Rodando
por los caminos de Dios,
vería de hallar trabajo.
Y, si a pesar de buscar,
nada encontraba..., ¡acabáramos!
Me tumbaba en la cuneta
y a morir. Quien ha luchado
y ha vivido lo que yo,
tiene ganado el descanso
y puede morir tranquilo
de haber cumplido su tajo.
¡Pero mi vieja!... ¡Mi vieja!

JUAN Me duele haberle arrastrado
a la aventura.

BERNA. Hijo mío:
tu honrada intenc'ón me trajo.
Los dos creimos hallar
en la besana un amparo,
y ella nos niega también
la caridad de sus brazos.
Ya lo decías tú un día,
¿te acuerdas?, hace unos años:
«¡Ay del día en que con hambre
la ciudad llame a sus campos!»
Ya los llama la ciudad,
pero no contesta el agro.
(Transición.)
¿Y tú qué harás, Juan del Pueblo?

JUAN No lo sé. Seguir luchando.
Buscar..., buscar...

BERNA. ¡Feliz tú,
porque aun alienta en tus brazos
la juventud!

JUAN *(Con profunda emoción.)*
¡Pobre abuelo!...
BERNA. Pero, dime, ¿estás llorando?
JUAN ¡República! ¡Libertad!...
¿Para eso os hemos forjado?
BERNA. No las culpes, Juan del Pueblo.
No son ellas. Son los amos:
los dueños de la ciudad,
los caciques de los campos,
que quieren matar por hambre
la gloria que hemos creado.
¡República!... ¡Libertad!...
Oh, no, no son nombres vanos.
¿Qué tiene que ver con ellas
—que están tan alto, tan alto—
esa inmunda gusanera
que se revuelve en el fango?
JUAN Tiene usté razón, abuelo.
BERNA. Tranquilízate, muchacho.
(Mirando hacia la posada.)
Anda, que viene Graciela,
y si te ve preocupado...

ESCENA V

Dichos y *Graciela* saliendo de la posada.

GRACI. Hola, Juan. ¿Ya estáis de vuelta?
¿Qué tal, abuelo Bernardo?
¿Han recorrido ya el pueblo?
¿Encuentran ustedes algo?
(Al notar su abatimiento.)
¿Pero qué les pasa a ustedes?
¿Eh?... ¿Les han dado cañazo?
BERNA. Es que...
JUAN Verás...
GRACI. *(Acercándose a Juan del Pueblo, y como si temiera hacer la pregunta.)* ¿Nada?...
JUAN Nada.

Inútil pedir trabajo.
GRACI. *(Rehaciéndose.)*
Bueno, Juan ; no te acobardes.
Lo seguiremos buscando.
JUAN ¡ Graciela !...
GRACI. ¿No me preguntas
por el chiquitín, padrazo?
JUAN ¿Dónde lo tienes?
GRACI. Arriba
quedó durmiendo, en el cuarto.
JUAN ¿Quiere usté subir a verlo,
abuelo?
BERNA. Vamos, muchachos.
GRACI. ¡ Pobre hijo nuestro ! ¡ En qué días
llega al mundo !
BERNA. *(Conteniendo a duras penas su emoción.)*
No apuraros.
Para él ha de ser la gloria
que nosotros fabricamos.
Su pan es el hambre nuestra,
su porvenir nuestro llanto.
Aprended, hijos, de mí.
Doblado ya por los años,
grito : ¡ Viva la República !,
contemplo el cielo... y aguardo.
(Entran los tres en la posada.)

ESCENA VI

Toñica, Campesinos 1.º, 2.º y otros. Después, el *Alguacil.* En seguida, el *Alcalde* y dos *Concejales.* Al final, el *Guardabosque.*

(Llega a la escena rumor de voces. En seguida entran por lateral foro derecha varios campesinos en forma tumultuosa. Con ellos Toñica y algunas mozas.)
CA. 1.º ¡ Ea, basta de pacencia !
CA. 2.º ¡ Eso a arreglalo !...

VARIOS ¡A arreglalo!...
CA. 1.º U se reparten las tierras,
u salimos a estacazos.
TOÑI. Vusotros mucho gritar,
pero, en cuanti veis al amo,
se os achican las agallas.
CA. 2.º ¡Nos ha llamao calzonazos!
CA. 1.º Pos ahora verás, Toñica,
si hay en el pueblo riaños.
Porque güeno está lo güeno;
pero eso de que los amos
se empeñen en no sembrar,
como dicen que han pensao,
eso... pos que se lo quiten
de la cabezota. ¿Estamos?
Si ellos no usan de la tierra,
que mos la den.
UNOS ¡Eso!...
OTROS ¡Bravo!...
CA. 2.º ¡Fuera los terratinientes!...
CA. 1.º ¡Que abran los cotos cerraos!
CA. 2.º ¡Queremos tierra!
UNOS ¡Sí!...
OTROS ¡Tierra!...
ALGUA. *(Saliendo del Ayuntamiento.)*
¿Qué escándalo estáis armando?
¿A qué habéis venido aquí?
CA. 1.º A ver si al fin reventamos.
CA. 2.º ¡El alcalde!
VARIOS ¡Eso!... ¡El alcalde!...
(Sale del Ayuntamiento el Alcalde con dos Concejales. Aspecto de ricachos de pueblo.)
ALCAL. ¿Qué es lo que os pasa, muchachos?
TOÑI. Mos pasa, siñor alcalde,
que aquí estamos todos hartos.
ALCAL. ¿Hartos? ¿De qué?
TOÑI. De no ver
que haiga justicia en el campo.
ALCAL. ¿Y qué justicia queréis?
Vamos a ver. Explicaos.
CA. 2.º Que hable uno.
CA. 1.º *(Rascándose la cabeza.)*

Yo no tengo
facelidá.

TOÑI. ¡ Calzonazos !
¡ Ya se os acabó la labia !
¿Y pa eso venís gritando?
Pos hablaré yo por todos,
que a mí no me achica un amo.
(Pausa.)
Siñor el alcalde : lo que aquí venimos
somos gente probe, y aunque en el lugar,
como usté, nacimos,
enjamás tuvimos
un cacho de tierra que poder sembrar.
Ustedes los ricos son amos de todo :
el coto, la vega, el monte, el erial.
Por no dejar na, hasta han hallao modo
de arramblar con tierras del bien comunal.
De nuestras miserias, de nuestros dolores,
ustedes no saben ni quieren saber.
En cobrando el rento que, con mil suores,
juntaron los brazos de los labraores,
la tierra, pa ustedes, cumplió su deber.
Y la tierra tiene más alto destino,
manque nos parezca que el Siñor divino
la hizo pa que el hombre la diera pisás.
Cada surco en ella es como un camino
por el que va el probe sembraor cansino
dejándose a cachos la vida detrás.
Hace muchos años, cuando era chiquita,
mi padre una tierra a usté le arrendó.
La tierra era yerma, sequita, sequita...
Mi padre hizo un pozo. Y el agua bendita
cayó sobre el surco. Y el fruto brotó.
Pasaron los años. Lo que parecía
que había nacío pa ser un erial,
se hizo hermosa huerta ande, cada día,
el suor del padre caía, caía,
con fecundidades de amor paternal.
Y fué algo más tarde cuando aconseguimos
plantar unas vides. Con honda emoción
un año tras otro prosperar las vimos.
¡ Era nuestra sangre tornada en racimos !

Y los recogimos
como si ellos fueran nuestro corazón.
Dimpués fué la casa. Reuniendo el caudal
de nuestros ahorrillos,
compramos maderos, juntamos ladrillos ;
y hoy se alza la casa, entre dos cerrillos,
blancas las paredes pintadas de cal.
Pero el tiempo corre. Mi padre, hoy en día,
es viejo y no puede la huerta atender.
Llevamos dos años ahogaos de sequía ;
y aquella mi huerta, que antes florecía,
se la ve por días perder y perder.
La viña arruinóse con la filoxera ;
lo poco que habemos no puede dar na.
Y ahora usté mos dice que el rento no espera
y que, u le pagamos, u mos echará.
Todos los afanes y cavilaciones
que sobre la tierra vertimos los dos
no hallan más distingos ni compensaciones ;
pagar, u a la calle. ¿Y eso son razones?
¿Pa usté s'han perdío dos generaciones
que han hecho de un seco montón de terrones
un cacho de gloria bendito de Dios?
Esa es nuestra vida : trebajar sin tino
pa que nuestro esfuerzo sirva a los demás.
Y hacer de los surcos el triste camino
por el que va el probe sembraor cansino
dejándose a cachos la vida detrás.
Eso, el que dispone de un peazo de tierra
del que, como puede, vive bien que mal.
No hablemos del probe que a un pico se aferra
pa ver si se puede sacar un jornal.
¿Y aun hablan ustedes de cotos de caza?
¿Y aun osan ustedes hablar de juzgao?
¿Y aun dicen ustedes, con esa cachaza,
que se irá a la calle quien no haiga pagao?
¿Y encima nos dicen que la tierra es suya
y que, si no quieren, no se ha de sembrar?
¿Ustedes qué buscan? ¿Que el labraor huya?
¿Es que ella sin brazos podrá fecundar?
La tierra es la tierra pa el que la trebaja
y entre sus terrones ha puesto el suor.

No pa el señorito que no se rebaja
a bregar con ella, como un labraor.
La tierra no sabe de amos ni de nombres.
A quien la trebaja su fruto le da.
Ella sólo pide suor a los hombres;
y el que se lo brinda..., ¡la tiene ganá!
(Signos de aprobación en los campesinos.)

ALCAL. Cada cual manda en lo suyo,
Toñica. Y el campo es nuestro.

TOÑI. Pero es que el hambre es de todos,
y naide tiene el derecho
de disponer de la tierra
delante de un pueblo hambriento.
Y ustedes mos amenazan
con no sembrar en sus predios
pa ver si el hambre mos mata
en cuanti llegue el invierno;
y quieren dejar sin tierra
al que ande atrasao del rento;
y echan a tos a la calle
pa hacer lo que s'han propuesto:
que haiga una revolución
por hambre, pa que el labriego
dé al traste con la República,
que a ustedes les tiene lelos
de rabia, porque con ella
s'acaba ya el mangoneo,
y el cuento del caciquismo,
y el chupar del presupuesto
munecipal...

ALCAL. ¡Eh, Toñica,
que eso es faltarme al respeto!

TOÑI. Eso, siñor el alcalde,
es... rigalarle un consejo.
Conque hagan caso. ¡A sembrar!

ALCAL. ¿Lo mandas tú?

TOÑI. ¡Y el Gobierno!

CA. 17.º Y, manque ustedes no quieran,
se sembrará.

ALCAL. Ya veremos.
Ahí está el campo. Sembradlo.

No han de faltar manos luego
que hagan arder las cosechas.

CA. 2.º ¡Eso no lo haréis!

ALCAL. Lo haremos.
¡Contra amenaza, amenaza!

CA. 1.º ¿De modo que no hay arreglo?

ALCAL. Por nuestra parte, ninguno.

CA. 2.º Pos nosotros lo pondremos.
¡La tierra ha de ser pa todos
los que la trebajan!

TODOS ¡Eso!...

ALCAL. Veremos quién os la da.

TOÑI. *(Cogiendo una hoz de la faja de uno de los campesinos y clavándola sobre la mesa.)*
O la República..., ¡o esto!
(El Alcalde y los dos Concejales hacen un gesto de horror.)

ALCAL. ¡Oh! ¡Eso no!

TOÑI. ¡Ah! ¿Os asustáis?
Pos a eso lleváis al pueblo.
Dadle la tierra que os pide,
que estamos todos a tiempo.
Mirad que en la tramontana
hay como hogueras de incendio
y asoma una aurora roja
en la inquietud del labriego.

ALCAL. Pues que se abrase en su aurora.

TOÑI. ¡Todos nos abrasaremos!

ALCAL. ¡Basta ya! ¡Largo de aquí!
Esto se ha acabado.
(A los concejales.)
Adentro.
(Los tres penetran en el Ayuntamiento.)

CA. 1.º No; así no.

CA. 2.º ¡Vengan las tierras!

TODOS ¡Las tierras!... ¡Las tierras!...
(Los campesinos se disponen a entrar en el Ayuntamiento arrollando al Alguacil. En este momento sale el tío Cartucho, que los detiene apuntándoles con el fusil.)
¡Quietos!...

¡Quietos, u el tío Cartucho
os mete un plomo en el pecho!

CA. 1.º ¡Estás vendío a los amos!

CA. 2.º ¡Quítate!

GUAR. ¡Naide entre adrento!

TOÑI. *(Mirando hacia el foro lateral izquierda.)*
Muchachos, que los ceviles
rondan por allá. Larguémonos.

CA. 2.º Pero que mos den las tierras.

TOÑI. Ya mos la dará el Gobierno.

o que ande hay justicia, hay justicia.

TODOS ¡Que se repartan!...

(Dando voces se van todos por lateral foro derecha. El tío Cartucho no deja de apuntarles hasta el último momento.)

GUAR. Adrento,
alguacil, que ya me tienen
tan encendío el celebro,
que estoy viendo que aun acabo
por hacer un escarmiento.

ALGUA. No se pierda usté.

GUAR. Anda, vamos.

(Entran los dos en el Ayuntamiento.)

ESCENA VII

Juan del Pueblo y *abuelo Bernardo*. Al final, *Graciela*.

(Los dos han salido al finalizar la anterior escena, quedándose a la puerta. Ahora avanzan.)

JUAN ¡Hombres sin tierra!

BERNA. *(Mirando hacia el Ayuntamiento.)*
¡Qué ciegos
están! ¡Por salvarlo todo
no ven que van a perderlo!

JUAN Tiene usté razón.

BERNA. Y ahora,
¿qué haremos, hijo, qué haremos?

Ya ves cómo están los campos.
Si a la ciudad nos volviéramos...

JUAN ¿Volver a la ciudad? ¡Oh, no!
Sin trabajo, sin dinero,
sin hogar, ¿qué hago yo allí?
No, no. A la ciudad no vuelvo.

BERNA. Pero tu mujer..., tu hijo...

JUAN Si he de sucumbir con ellos,
¡qué más me da cualquier ruta!
(Después de una pausa angustiosa.)
Y usté, ¿qué va a hacer, abuelo?

BERNA. ¿Yo?... Volverme a la ciudad.
Ya sé que eso, Juan del Pueblo,
No es solución. Pero allí
quedóseme cuanto tengo.
Sí; volveré a la ciudad,
vencido, agotado, viejo,
a decirle a aquella santa
que espera allí mi regreso:
«Viejecilla de mi alma:
no te alegres, que no vengo
a traerte una esperanza
ni vengo a darte un aliento.
Vengo a decirte tan solo
que combatí como bueno,
que me ha vencido la vida...
y que ha llegado el momento
de morir. Muramos juntos,
como hemos vivido.»

JUAN Abuelo,
¿y eso es justo?

BERNA. No lo sé;
¡pero es fatal!

JUAN ¿Y debemos
resignarnos a morir
sin combatir? Oh, no, abuelo.
Tiene razón la labriega
que hablaba aquí hace un momento.
¡Aún en el cielo hay auroras!

BERNA. ¿En dónde están, Juan del Pueblo?

JUAN *(Abalanzándose a la hoz que quedó clavada en la mesa y empuñándola.)*
¡ Aquí !
BERNA. ¡ Estás loco !
JUAN ¿Por qué?
BERNA. ¡ Porque esa aurora es de fuego !
JUAN ¡ Pues que arda todo, si al fin
nosotros también ardemos !
BERNA. *(Poniéndole cariñosamente una mano sobre el hombro.)*
Serénate, Juan, serénate.
No hay que hundir en un momento
de locura esa República
que hemos forjado. Esperemos.
JUAN ¡ Mientras la patria se muere !
BERNA. ¡ Mientras despierta de su sueño !
La monarquía, al huir,
nos dejó esquilmado el suelo ;
en bancarrota la Hacienda ;
mantenido el privilegio.
Y hay que derrumbarlo todo,
y hay que edificar de nuevo,
con el apoyo de todos,
con su dolor y su esfuerzo.
Con su dolor, sí, hijo mío ;
que esto es el parto de un pueblo
que se apresta a dar a luz
la libertad de su suelo.
(A la puerta de la posada aparece Graciela con su hijito en brazos.)
Por tu mujer, por tu hijo,
por tu patria, Juan del Pueblo,
no te lances al torrente
de los odios.
JUAN *(Dejando caer la hoz sobre la mesa.)*
Sea, abuelo.
Pero esperar es el hambre...,
es la muerte...
GRACI. *(Sentándose abatida en un taburete.)*
Juan..., ¿qué haremos?
JUAN *(Cayendo de rodillas junto a ella y ocultando las lágrimas en su regazo.)*

¡Pobre Graciela!... ¡Hijo mío!...

BERNA. *(En pie, mirando con pesadumbre hacia el Ayuntamiento.)*

¡Qué ciegos, Señor!... ¡Qué ciegos!...

(Cuadro.)

TELÓN

ESTAMPA CUARTA

Interior de un café. Al fondo, y en el centro, puerta de cristales que da a la calle. A ambos lados de la puerta, grandes ventanales. En el rincón de la derecha, el mostrador y puerta que comunica con las cocinas. A derecha e izquierda divanes adosados a las paredes, con sus correspondientes veladores. Veladores también ante los ventanales y alguno en el centro de la escena. Son las últimas horas de la tarde. A través de la puerta y ventanales del foro se verán las luces de la ciudad que lanzan balcones y reverberos sobre la oscuridad de la plaza. Llega al café el ruido de las bocinas y timbres de autos y tranvías.

(Al levantarse el telón están los clientes sentados por el orden siguiente: Primera mesa de la izquierda, el cura, el burgués y el coronel retirado. Primera mesa de la derecha, el escritor, la poetisa y dos escritores más. Tipos de artistas bohemios. Segunda mesa de la izquierda, las señoras 1.ª y 2.ª. Aspecto de beatas. Mesita del centro, algo próxima a la izquierda, el comandante. Viste de uniforme y lee un periódico en tanto toma café. Tras el mostrador, la señorita. El camarero, despachando a las dos señoras.)

ESCENA PRIMERA

El cura, el burgués, El militar retirado, El escritor, La poetisa, Dos escritores más, Señoras 1.ª y 2.ª, El comandante, El camarero, La señorita del mostrador.

CAMA. ¿Qué tomarán las señoras?
SE. 1.ª Usted verá, camarero.

Una cosa que nos quite
pronto este susto del cuerpo.

CAMA. ¿Tanto se han impresionado?

SE. 2.ª Menudo susto tenemos.

BURG. ¿Qué es lo que ha sido, señoras?
Digo, si no es indiscreto...

SE. 1.ª Que volvíamos del rosario
las dos, cuando en un momento
nos encontramos envueltas
por una turba de obreros
huelguistas, que iban gritando
no sé qué cosas. ¡Qué miedo!
En esto la Policía
que llega. Voces, dicterios,
una carga simulada,
y nosotras que podemos
escurrirnos y llegar
hasta el café.

SE. 2.ª ¡Esos obreros!

CAMA. Bien. Les traeré unas tacitas
de tila.

SE. 1.ª Sí, sí. Al momento.
Pero a mí con picatostes,
porque no sé si del miedo
que hemos pasado o de qué,
el caso es que no me tengo
de debilidad.

CAMA. Descuide.
Se las serviré al momento.
(Hace mutis por la puerta de las cocinas.)

BURG. Cada vez más imposible
se está poniendo el obrero.

SE. 2.ª Diga usted que sí.

BURG. Decían,
antes de tumbar al cetro,
que era por culpa del rey
que todo andaba revuelto.
Ahora tienen la República.

SE. 1.ª Pues ya ve usted cómo vemos
más jaleos cada día.

SE. 2.ª Más conflictos.

BURG. Y esperemos,
que aún vendrán más.
SE. 1.ª ¡Dios no quiera!
BURG. Por el contrario, alegrémonos.
Cuanta más hambre y más huelgas
y más conflictos obreros,
antes caerá esa República,
muerta por mano del pueblo.
SE. 1.ª ¡Ojalá que sea pronto!
Porque a usted, don Megaterio,
bien le perjudica el cambio
de régimen.
BURG. De momento
sí que me perjudicó;
pero ahora ya no le temo.
Como primera medida
llevé el oro al extranjero.
Después reduje salarios
en mi fábrica. De intento
mandé, además, despedir
a una treintena de obreros
y he provocado la huelga.
Así es que estoy satisfecho.
Ahora a pasear tranquilo
y a ver el derrumbamiento
de la República.
SE. 1.ª Claro.
Y hace bien, don Megaterio,
hace bien. ¿No es verdad, padre?
CURA Señora: yo vivo ajeno
a la política. Yo
no debo salir del templo,
ni mezclarme en los asuntos
de patronos y de obreros.
Claro está que, como amigo...
SE. 2.ª Pues usted, padre Prudencio,
también soporta su cruz.
CURA Hasta ahora queja no tengo.
SE. 1.ª Pero ya ve la campaña
que se inicia contra el clero
y las órdenes. Usted,

que vive de su convento
de monjitas, ¿dónde irá?

CURA Ya veremos, ya veremos.
Dios no abandona a los suyos.

SE. 2.ª Sí, claro. Pero el dinero,
las joyas, los cuadros místicos,
los cálices y ornamentos,
tanta y tanta maravilla
que se encierra en los conventos,
¿adónde irán a parar?
¿A manos de esos ateos?

CURA Dios ayuda... Dios ayuda...

SE. 1.ª Ay, mi buen padre Prudencio.
Yo que ustedes hablaría
muy clarito a ese Gobierno,
y le diría...

CURA Señora,
no hay que ponerse en soberbio.
Ellos mandan.

SE. 1.ª Pero ustedes...

CURA Disponemos de otros medios
más suaves. Con recoger
esa multitud de objetos
de valor, y trasladarla
en secreto al extranjero,
se soluciona el conflicto.
Así se ha hecho en mi convento
de monjitas—¿lo ve usted?—
sin escándalo y sin riesgo.

SE. 2.ª Han hecho bien, porque ahora,
con todo ese obrero hambriento,
a lo mejor...

CAMA. *(Entrando con el servicio de las tilas y los picatostes, que deja en la mesa de las señoras.)*
Las dos tilas.

SE. 1.ª Está bien.

ESCENA II

Dichos, Estudiante y *Modistilla.*

ESTU. *(Por el foro.)* Pasa, lucero,
y pide aquí lo que quieras,
aunque sea el universo.

MODIS. ¡Guasón! Con un bocadillo
me conformo.

ESTU. *(Indicándole la mesa del ventanal derecha.)*
Aquí hay asiento. *(Se sientan.)*

MODIS. Y tú, ¿qué vas a tomar?

ESTU. Si tú me lo das, un beso.

MODIS. Calla. Tú siempre has de ser
el mismo.

ESTU. *(Palmoteando.)* ¡Pss!... Camarero.
(El camarero, que acaba de servir a las señoras, se dirige a la mesa de los novios, toma nota del servicio, se acerca al mostrador y les sirve lo que han pedido.)

ESCRI. *(A poetisa.)*
Anda, sigue, Mari-Luisa,
y no hagas caso a estos pelmas.

POETI. Es que en todo encuentras faltas.
Y hoy, en la lírica nuestra,
se debe sutilizar
hasta el infinito, o deja
la poesía de ser
lo que ha de ser: formas nuevas.

ESCRI. Pues tú no les hagas caso
y empieza otra vez.

POETI. *(Leyendo unas cuartillas.)*
«Anémonas.
Bajo la cúpula celeste,
atravesada por el sol,
canta una anémona.
Canta bañada en luz
la canción del color...»

(La poetisa continúa la lectura de sus versos. El comandante llama golpeando la mesa con una moneda y paga al camarero que acude. El camarero recoge el servicio y se retira. El comandante plega cuidadosamente el periódico que guarda en su bolsillo.)

BURG. *(Al coronel.)*
Callado está usted, don Pedro.

CORO. Qué quiere usted que le haga.
Cuando no se está de humor...

CURA Hay que animarse, caramba.
Ya vendrán días mejores.

CORO. Que vengan pronto hace falta.

CURA Tenga fe, mi coronel.
No hay que perder la esperanza.

BURG. Claro. Usted no se acomoda
a esta vida que le aparta
del cuartel. Son muchos años
de convivir con la espada.

CURA Permítame, coronel,
que una pregunta le haga.
Si usted, lejos del cuartel,
no encuentra aliciente en nada,
¿a qué pidió su retiro?

CORO. ¿Qué quiere usted? ¿Que jurara
servidumbre a una bandera
que detesto? No. Mi espada
es del rey, y no se humilla
ante chusmas soberanas.
(Con alusión al comandante que, poniéndose la gorra, se dispone a salir.)
Quédense ahí, en el Ejército
los apóstatas, los parias,
los que han querido aceptar
la moda republicana,
acatando a ese ministro
que de un plumazo, a mansalva,
ha destrozado el prestigio
secular de nuestras Armas.

COMA. *(Poniéndose en pie.)*
Perdóneme, ex coronel,
si tercio en la discusión.

Hombre soy yo de cuartel
y mi espada dejo en él
cumplida mi obligación.
Mas cuando un mal ciudadano
quiere lanzarme un «rentoy»,
no debo olvidar que soy
soldado republicano.
Y no puedo tolerar
que nadie, en presencia mía,
se permita declarar
que en el honor militar
hay mancha de apostasía.
La habrá en aquel que la ley
de la nación no respete,
en el que la compromete
por defender a un ex rey
que, en un ensueño pueril
de restauración, delira,
y torpemente conspira
para una guerra civil,
sin ver que no hay majestad
de origen más soberano
que la propia voluntad
de un pueblo republicano.
Con que basta de ultrajar
al ministro de la Guerra,
ni al soldado de esta tierra
que nadie habrá de humillar ;
soldado que es brazo armado
de la nación y, conforme
con la ley que ella ha dictado,
cumple su deber, honrado
de honrar así su uniforme ;
soldado cuyo valor
hoy más altivo se ufana
de no servir a un señor,
porque es sólo el defensor
de su Patria soberana.
Y, por serlo, el paso cierra
a toda provocación,
y no consiente opinión

injusta que haga alusión
al ministro de la Guerra.
Ese ministro leal,
de voluntad decidida,
que tiene bien merecida
la gratitud nacional;
ese ministro que así,
de un impulso, sin temblar,
de un golpe de bisturí,
salvó el honor militar.
¿Y habla usted mal?... No me extraña.
Sólo quien ama a su tierra
y sabe cuánto se encierra
de noble y digno en su entraña,
aplaude la gran hazaña
del ministro de la Guerra. *(Iniciando el mutis.)*
Lo dicho. Y mida mejor
sus palabras al hablar,
haciendo honor al honor
del ministro salvador
del prestigio militar.
Pues por él, sólo por él,
cuenta el pueblo soberano
con un Ejército fiel,
disciplinado y ufano
de ostentar, como un laurel,
su fervor republicano. *(Hace mutis por el foro.)*

ESCENA III

Dichos, menos *comandante.*

ESCRI. *(A sus compañeros.)*
¡Le ha chafado!
CORO. *(Sofocado.)* ¿Y debo yo
consentir este atropello?
¡Oh, no! No se marcha así.
CURA Sosiéguese usted, don Pedro,

que aunque la razón es nuestra,
hoy por hoy la fuerza es de ellos.
No hay que olvidar que ahora manda
la República.

CORO. Veremos
lo que le dura el mandato.

CURA Pero hay que marchar con tiento.
Deje usted que nuestros fieles
aristócratas, poniendo
a contribución su oro
logren llegar a un acuerdo
y emprendamos la ofensiva
que devuelva al rey su cetro.
Deje usted que ellos conspiren
y se organicen. Veremos.
quién gana al fin la batalla.

CORO. No estoy conforme con ellos.
Aquí hay que batir el cobre,
aquí ; no en el extranjero.

CURA Ellos nos dan lo que pueden :
el oro y el armamento.
Los hombres, cuando haga falta,
nosotros ya los pondremos.

ESCENA IV

Dichos y *El poeta.*

POETA *(Por el foro. A los artistas.)*
¡ Hola ! ¡ Salud y República !

ESCRI. ¡ Ya está aquí nuestro poeta !

CAMA. ¿Qué hay, don Eduardo?

POETA Un café.
Y a esta gente lo que quiera.

ESCRI. Sí que vienes hoy rumboso.

POETA Es que he escrito dos escenas
de mi nueva producción,
que me han salido estupendas.

¡Lo que voy a hacer rabiar
al hombre de las cavernas!

CAMA. ¿Qué van a tomar?

ESCRI. Coñac.
Si te da igual, de tres cepas.

POETI. Y a mí anís.

ESCRI. Y en plato aparte
un paquete de sesenta.
(Al poeta.)
Hay que hacer cumplido honor
a tu invitación, poeta.
(El camarero va a despachar el servicio.)

ESCRI. Bueno, ¿y cómo está la calle?

POETA A ratos algo revuelta.
Hace poco ha habido cargas
en el Paseo.

POETI. ¿Y se espera
solución para el conflicto?

POETA Por ahora sigue la huelga
sin que se vea horizonte
salvador. ¡Es una pena
ver a obreros contra obreros
enzarzarse en la pelea;
ver a hermanos contra hermanos
imponiendo por la fuerza
la razón de la pistola
a la razón de la idea.
¡Qué ciegamente destrozan
esa República nuestra
unos y otros! Los de arriba
provocando la miseria;
los de abajo rebelándose,
sin comprender su inconsciencia
que estamos pagando todos
el saldo de esa gran quiebra
nacional que dejó el trono.
¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!
¡Conquistar la Libertad
y no saber defenderla!

BURG. *(A señora 2.ª.)*
¿Y dice usted que la han visto?

SE. 2.ª Personas de gran solvencia
así lo afirman.
SE. 1.ª Yo he hablado
con un chofer, que asevera
que es verdad, porque él ha estado
a unos metros de la higuera
y ha visto la aparición.
BURG. ¿Ah, sí? ¿Y cómo se presenta?
SE. 1.ª Dicen que triste, muy triste.
Sus lágrimas, como perlas,
se desgranan sobre el manto
que le arrastra por la tierra,
y una corona de luz
nimba su augusta cabeza.
SE. 2.ª Alguien dice que una espada
empuña en su mano diestra.
¿Por qué empuñará esa espada
la Señora?
CORO. Tal vez sea
para mostrar el camino
de salvación que nos queda.
SE. 1.ª Otros afirman que ha hablado.
BURG. ¿Y qué dice?
SE. 1.ª Que le apena
la situación desgraciada
por que la Patria atraviesa,
y que es por eso que llora.
Pero que el tiempo se acerca
en que de nuevo su Hijo
ha de reinar.
SE. 2.ª ¡Cuánta pena
dará el oírla!
CAMA. *(Que poco antes se habrá acercado para limpiar la mesa.)* Señoras,
no crean esas leyendas.
CURA ¡Vaya!, salió el herejote.
CAMA. ¡Oh, no, padre! No se ofenda,
que aunque soy republicano,
también tengo mis creencias.
Pero la verdad: esa Virgen
que a diario se presenta
a unas niñas, a un pastor

o a una viejuca de aldea,
no me inspira confianza.
Yo creo que ya no queda
región donde la Señora
a su grey no se aparezca.
Y eso, a mi juicio, es más bien
propaganda electorera
o afán de resucitar
fanatismos que entorpezcan
la labor de esa República
que a muchos trae de cabeza.
Eso, padre, está muy mal.
Es jugar con las conciencias
y hacer de la religión
—que es una cosa muy seria—
un arma para el combate
en pro de la realeza.
Y el rey ya pasó a la Historia,
aunque mil vírgenes vengan
a predicar a zagalas
al abrigo de una higuera.

CURA ¡Qué herejote!... ¡Qué herejote!...

POETI. Vaya, dejad al poeta
que se explique.

POETA Ya os he dicho
mi opinión clara y sincera.
Las plumas han de ser hoy
espadas en pie de guerra.

ESCRI. No estoy conforme.

POETA ¿Por qué?

ESCRI. Porque el arte no se mezcla
con la política.

POETA ¿Y tú
te llamas hombre de izquierdas?

ESCRI. Y lo soy. Pero no creo
que es la misión del poeta
hacer arte popular
de combate, de estridencias.
La poesía no debe
descender a esas peleas
de los hombres y asomarse
al mitin desde la escena.

Tú eres poeta exquisito,
de finos gustos de esteta,
y no está bien que prodigues
tus rimas en tal tarea.
Ya ves que te censuraron
cuando llevaste a la escena
tu «Canción de la República».

POETA Es cierto. Pero el poema
cumplió su misión. Quería
hacer vibrar las conciencias,
y las conciencias vibraron
al influjo del poeta.
No basta que una República
jurídicamente sea
un dechado de virtudes
y un conjunto de bellezas.
No basta con que unos hombres,
atentos a su tarea,
en forma parlamentaria
den cauce a nuestros problemas.
No basta, no. Hay una cosa
que no pueden dar la ciencia
ni el arte de gobernar.
Es el alma de la idea,
que no está escrita en los códigos
ni se asoma a las *Gacetas*.
Es el saber que uno es libre;
es el sentir la grandeza
de la patria redimida
de tiranos y de déspotas;
es amar la libertad
por lo que ella representa,
y cumplir nuestro deber
para hacernos dignos de ella;
es el saber que avanzamos
hacia un mundo que alborea,
dejando atrás otro mundo
que se sume en las tinieblas;
es mirar al sol, sintiendo
su luz en nuestras conciencias,
y es sentirnos más hermanos
bajo una misma bandera.

La República sin alma
sólo será una entelequia,
y el alma de la República
la han de forjar los poetas.
Es su deber. Y si alguno
su pluma esconde, y se niega
a cantar a la República
y a ayudar a defenderla,
es, o un cobarde que huye,
o un enemigo que acecha.
Por eso yo, que jamás
me incliné a la realeza,
yo, que he dado a la República
mi corazón de poeta,
os digo a todos: «Hermanos:
en estas horas supremas
—cuando miles de enemigos
de la República intentan
ahogar esa Libertad
que tanto dolor nos cuesta—,
se han de aprestar nuestras liras
a intervenir en la gesta,
haciendo de nuestras plumas
espadas en pie de guerra.»

ESTU. *(Levantándose entusiasmado y acercándose a él.)*
¡Bravo! ¡Bien!... ¡Así se habla!
Venga esa mano, poeta.

POETA ¿Quién es usted?

ESTU. Un estudiante
que hizo del aula trinchera
para combatir al rey.

POETA *(A los suyos.)* Pues destocaos, poetas,
que pasa un héroe.
(Al Estudiante.) La patria
con ustedes está en deuda,
que en la hora de la victoria
ya de aplaudir no se acuerda
a su estudiante que, altivo,
se enfrentó con la realeza.

ESTU. Cumplió su deber. Por eso
feliz a su aula regresa

sin reclamar de la patria
laureles ni recompensas.
Poeta, venga esa mano.

POETA La mano, no, que es pequeña.
¡Venga un abrazo, que brindo
a la Facultad entera!
(El Poeta y el Estudiante se abrazan.)

ESCENA V

Dichos y *Vendedor de periódicos.*

(El Golfillo entra en la plaza por lateral izquierda. Lleva unos cuantos periódicos bajo el brazo. En su mano derecha muestra un Heraldo.)

GOLFI. ¡Los diarios de la noche
con la crisis financiera! *(Entrando en el café.)*
¡La Voz, La Tierra, el *Heraldo!...*
¡El «crak» de la libra inglesa!
(El burgués, al oír estas palabras, se levanta como movido por un resorte; quiere hablar, no puede, y cae en su asiento como fulminado por el rayo.)

CURA ¡Qué es esto!

CORO. ¡Don Megaterio!

SE. 1.ª ¡Oh!...

SE. 2.ª ¿Qué le ocurre?

CURA ¡Don Mega...!

SE. 1.ª ¿Se ha muerto?

CORO. ¡Se ha desmayado!

CURA ¡A ver, coñac!

SE. 2.ª ¡Agua fresca!
(El Camarero trae una botella y le mojan la frente.)

GOLFI. *(En el centro de la escena.)*
¡Ni que entrara el Estatuto!
¡Pues sí que la he armado buena!

SE. 1.ª ¡Vamos, anímese usted!

CURA ¿Qué le ha ocurrido, don Mega?

BURG. *(Recobrándose.)* ¡Mi capital, que está en Londres!
¡Me arruina la libra inglesa!
(Al Cura.) Compre usted, padre, un periódico.
CURA ¿Yo un periódico de izquierdas?
¿Yo, un sacerdote, ayudar
en algo a la mala Prensa?
Cómprelo usted, coronel.
CORO. Yo no me gasto una perra
en esos periodicuchos.
BURG. ¡Por caridad!
SE. 1.ª Si trajeras,
muchacho, un *Siglo Futuro*...
GOLFI. ¡Esta señora chochea!
BURG. Vean, vean, por favor,
lo que hay de la libra inglesa.
SE. 1.ª Vaya, en fin, por una vez...
toma, chico. Ahí va una perra.
(El Golfillo le alarga el periódico. Ella titubea al ir a cogerlo.)
¡Puaf! ¡Qué asco! ¡Manosear
un periódico de izquierdas!
GOLFI. *(Retirando el periódico.)*
¡Ah!, ¿sí?... Pues mire, señora:
ahora, aunque ustedes me dieran
un duro por ejemplar,
las iban a pasar negras.
Quien quiera saber noticias
que vaya en barco a Inglaterra.
¡Nos ha amolao la señora!
CORO. Pero oye, tú, sinvergüenza,
¿quién eres tú para hablarnos
en ese tono? Contesta.
GOLFI. ¿Que quién soy?... Voy a decírselo
para que ustedes lo sepan.
¡Periodista!
Periodista de la calle, del café, del bulevar.
Un golfillo que es artista
en el arte callejero de vender y vocear.
Cuando salgo
con mi mano de periódicos a correr la población,
raudo y ágil como un galgo,
voy dejando a mis espaldas una estela de emoción.

Y aunque llevo roto el traje,
y mi aspecto no es altivo, ni arrogante, ni marcial,
se me rinde vasallaje
porque soy el personaje
que reparte, a perra gorda, el suceso emocional.
La opinión me solicita.
Se me llama, se me chista, se me invoca, se me [grita:
«¡Eh, muchacho, ven acá!»
Y si un día se retrasa la edición, todo palpita.
«¿Qué ha ocurrido que no hay Prensa?», la ciu- [dad dice contrita.
«¿Ese chico, dónde está?»
(Voceando y dando a cada periódico distintos matices de voz.)
Y allá van...
¡Informaciones
del conflicto provocado entre chinos y nipones!
¡Caballero, vea *El Sol*
con las últimas noticias sobre el alza de carbones.
¡El dinero que de España se llevaron los Borbones,
según reza en el *Crisol!*
¡Ha salido ya *La Traca,*
más valiente cada día contra el neo a quien ataca!
¡Eh, *La Voz!... ¡El Liberal!,*
con la nota del alcalde
y el acuerdo que han tomado los tenderos: dar [de balde
las patatas, el aceite, el azúcar y la sal.
Ahí va: *Tierra,*
el diario que al monarca, sin cesar, hizo la guerra.
¡Socialista!... ¡Libertad!,
con los versos del gran Tapia, el cantor parla- [mentario,
que arremete bravamente contra el hombre caver- [nario
y le aplasta sin piedad.
El *Heraldo...,*
enemigo sempiterno del tirano rojo y gualdo,
el periódico del pueblo, el caudillo del valor,
en la lucha contra el régimen, formidable barri- [cada,

que mantuvo enarbolada
la bandera tricolor.
(A los contertulios.)
Son los míos,
los que ofrezco por las calles voceándolos con [bríos;
los que siempre he de vender,
porque llevan en su tinta estampadas las verdades,
porque cantan en sus hojas nuestras santas liber- [tades,
¡las que quiero defender!
¡Qué me importa mi bolsillo
de golfillo!
¡Qué me importa el dinerillo
que me gano honradamente con mi humilde pro- [fesión!
Si mi orgullo de chiquillo
es bien claro y bien sencillo:
trabajar por mi opinión,
y llamarme «periodista»;
«periodista» de la calle, del café, del bulevar,
republicano y artista
en el arte callejero de vender y vocear.

POETA ¡Bravo, chiquillo! Anda, ven,
y trae para acá un *Heraldo*.

GOLFI. Allá voy.

ESTU. Aquí una *Tierra*.

GOLFI. En seguida, parroquiano.
(Sirve el diario al poeta y luego va donde el Estudiante y la Modistilla, con los que se queda hablando unos instantes.)
(Entra por el foro Juan del Pueblo. Su aspecto es el del hombre vencido por la vida. Titubeante, gorra en mano, se dirige a la primera mesa de la izquierda.)

ESCENA VI

Dichos y Juan del Pueblo.

JUAN Caballero : una limosna
a un obrero sin trabajo.
BURG. No me queda ya una libra.
Digo ; no me queda un cuarto.
CORO. Aquí no damos limosnas
para alimentar a vagos.
JUAN *(Humildemente, pero herido en su dignidad.)*
Perdone usté, caballero.
Soy un obrero parado
que hasta ayer ganó su vida
noblemente, trabajando.
Si el hambre me echa a pedir,
bastante vergüenza paso.
Imploro un derecho a la vida,
y no es justo ni es humano,
caballero, el ofender
a quien no ofendió implorando.
CORO. Le he llamado vago a usted,
y aun otra vez se lo llamo.
CURA No se ponga así, don Pedro.
CORO. Si es que ya se va uno hartando
de ver tanto pedigüeño.
Si es que ya no hay quien dé un paso
sin que le salga al camino
un obrero sin trabajo.
JUAN Quien pide con corrección
no ofende.
CORO. Bien, bien, muchacho.
Pero yo vengo al café
para pasar un buen rato,
no para escuchar miserias.
SE. 1.ª La culpa la tiene el amo.
Como les deja pasar...
CORO. Pues pronto voy yo a arreglarlo.

Oiga, Felipe.

CAMA. Don Pedro...

CORO. Eche de aquí a este muchacho.
Y a ver si ya, en adelante,
se termina este espectáculo,
que tanto y tanto pedir
molesta a los parroquianos.
(Tanto el Golfillo, que ya iba a marcharse, como los parroquianos, hacen un movimiento de expectación.)

CAMA. *(A Juan del Pueblo.)*
Amigo, ¿me hace el favor
de salir? Está estorbando
a los señores.
(Juan del Pueblo tiene un gesto de noble rebeldía; pero, dándose cuenta de su situación de inferioridad, baja la frente y, sin saber qué responder, se dispone a salir.)
Comprenda.
Es mi deber...

JUAN Me hago cargo.
(Cuando va a llegar a la puerta, el poeta de un salto se coloca a su lado, poniéndole una mano en el hombro.)

POETA ¿Dice usted que es un obrero?

JUAN Un obrero sin trabajo.

POETA Siéntese usted a esa mesa.
(Juan del Pueblo duda.)
Siéntese usted. ¡Se lo mando!

JUAN Me han... echado.

POETA ¡Siéntese!

CAMA. Pero...

POETA A callar.

CAMA. Me mandaron...

POETA ... Echar de aquí a un pedigüeño,
a un obrero sin trabajo.
Pero es que ahora, aquí, el amigo,
es un cliente de pago
que va a tomarse un café
y va, además, a abonarlo.
(A Juan del Pueblo, dándole un duro.)

Compañero, aquí va un duro
para hacer honor al gasto.

JUAN *(Conmovido.)*
Señor...

POETA Acéptelo usted.
Yo he sido también... un vago,
según el torpe entender
de esos hombres cavernarios ;
un vago que soportó,
sin apoyo y sin trabajo,
ocho años de dictadura,
preterido y olvidado.
Un hombre que debe al pueblo
su redención, porque ha hallado
para su pluma proscrita
bajo el régimen monárquico,
entre las manos del pueblo
todo el calor del aplauso.
(Al camarero.)
Felipe : trae un café.
(A Juan del Pueblo.)
Y usted gaste sin reparo
este duro, pobre ofrenda
de un vate republicano.

CORO. *(Al cura.)*
Parece que esto es un reto.

CURA Créame usted, no haga caso.

JUAN *(Tomando el duro y sentándose a la mesa.)*
Oh, gracias. No sabe usted
lo cruel de mi calvario.
(El camarero ha servido ya el café. Todos los artistas prestan atención a Juan del Pueblo. El Golfillo se acerca también a él.)
Yo era un obrero que feliz vivía,
atento sólo a despachar mi tajo,
allá en una herrería
donde ganaba el pan con mi trabajo.
Ha poco se cerró. Sin más apoyo
que mi afán de vivir honradamente
me encontré, de repente,
en mitad del arroyo.
Mi casa se fué abajo. Sin hogar,

sin medio de encontrar un sueldo fijo,
¿qué hacer? ¿Cómo esperar?...
¡Yo tengo una mujer y tengo un hijo!
Un hijo y un amor. Lo más hermoso
que el cielo nos envía.
Y... lo más doloroso
cuando el hambre les cerca y es forzoso
conquistarles el pan de cada día.
Salí de la ciudad. Recorrí el agro,
ofreciendo mi brazo a sus terrones.
¡Ni ruegos ni razones
hicieron el milagro!
El campo no da pan. Sus labradores,
con la frente abatida sobre el pecho,
lloran sobre el barbecho
mascullando rencores.
La campiña está muerta.
Y, avaro de su pan el campesino,
cierra, hambriento, su puerta
cuando a alguien ve pasar por el camino.
¿Qué hacer? ¿Dónde acudir, si en la besana
sólo el odio palpita?
¿Volver de nuevo a la ciudad hermana?
Sí; vuelta a la ciudad. ¡Empresa vana!
Sólo en ella es el hambre quien se agita.
Pero la vida manda, y se resiste
a querer sucumbir.
Vivir así, muriendo, es algo triste,
pero... siempre es vivir.
Y por vivir, por ese instinto humano
que se aferra a la carne, y ruge, y muerde,
la vergüenza se pierde,
y el más altivo, al fin, tiende su mano.
¡Pedir!... La dignidad dice: «¡No quiero!»
Pero el hambre cruel dice: «¡Lo exijo!»
Y el corazón implora lastimero:
«¡Si no por ti, por tu mujer y el hijo!»
¡Pedir! ¡Pedir!... ¡Oficio ruin y bajo!
¡Cuánto valor para pedir precisa,
venciendo su honradez, noble y sumisa,
la mano del obrero sin trabajo!

GOLFI. *(Conmovido.)*

Tiene usté mucha razón,
mucha razón, compañero.

SE. 1.ª Esa tertulia de artistas
va a convertir en infierno
este café.

BURG. Yo hablaría
seriamente con el dueño.

CORO. Esto no puede seguir.
(Llega de la calle rumor de voces.)

MODIS *(Al Estudiante.)*
Fíjate. ¿Qué está ocurriendo
en la calle? ¿No oyes voces?

ESTU. Parece un grupo de obreros.

MODIS. Y gritan.

ESTU. Es una carga.
¿No los ves? Vienen corriendo.

POETI. ¿Qué es lo que pasa?

ESTU. Carreras.

SE. 2.ª ¿Otra vez?

BURG. ¡Esos obreros!
(Las voces arrecian y se oyen tres o cuatro disparos.)

POETI. ¡Oh!...

SE. 1.ª
SE. 2.ª } ¡Socorro!...

CORO. ¡Calma! ¡Calma!

GOLFI. Voy a ver qué es. ¡Pronto vuelvo!

POETA Chiquillo, ve con cuidado.
(El golfillo sale corriendo por el foro en dirección izquierda. Nuevos disparos. En la calle, la gente corre de izquierda a derecha.)

MUJER. ¡Oh!...

BURG. ¡Más tiros!

POETA ¡Pobre pueblo!
¡Con qué inconsciencia destruyes
tu libertad!

CURA Camarero,
mande usted que echen los cierres.

SE. 1.ª Sí; por favor.

CAMA. Al momento.
(Entrando para las cocinas.)
¡A ver, muchachos!...

ESCENA VII

Dichos, un *Huelguista* y dos más que traen a un compañero herido.

HUELG. *(Por el foro.)* ¡Favor!
¡Favor para un compañero!
POETA ¿Viene herido?
HUELG. Sí, señor.
Cuídenlo aquí unos momentos.
No es grave. Una rozadura
de bala.
MODIS. ¡Qué horror!
SE. 2.ª ¡Qué miedo!
BURG. ¡Los cierres! ¡Pronto! ¡Los cierres!
(Salen de la cocina el Camarero y dos pinches con los palos para echar los cierres; pero se detienen, sorprendidos por la actitud de los obreros huelguistas.)
HUELG. Ea, vamos, compañeros.
(Los obreros, que ya han dejado acomodado a su compañero en una silla, junto a la mesa de los artistas, se dirigen a la puerta. Juan del Pueblo, de un salto, se interpone y les cierra el paso.)
JUAN ¿Adónde vais?
HUELG. A la calle.
¡A seguir!
JUAN No será cierto.
HUELG. ¿Quién eres para impedirlo?
JUAN ¿Que quién soy yo? Juan del Pueblo.
Un obrero sin trabajo
que se llama hermano vuestro.
¡No, no saldréis a mataros!
HUELG. Saldremos.
JUAN ¿Pero estáis ciegos?
¿No veis que es la Libertad
lo que arrastráis por los suelos?

¿No veis que vuestros rencores
y vuestros odios nacieron,
no en vuestros pechos honrados,
sino en los pechos de aquellos
que quieren hoy destruir
las libertades del pueblo?
¿No veis que sois en sus manos
polichinelas sangrientos
movidos por unos hilos
fanáticos y rastreros?
¿No veis que hacéis, inconscientes,
a la reacción el juego?
¡Oh, basta, basta de luchas!
Hermanos, no nos matemos,
que la República llora
sobre el dolor de su pueblo.
(Se oye una fuerte explosión y, simultáneamente, se apagan las luces del café. Sólo la calle queda tenuemente alumbrada por las luces de gas. Nuevamente, de izquierda a derecha, corre la gente alocada.)

)DOS ¡Oh!...
. 1.ª ¿Qué ha ocurrido?
JRA No sé.
JRG. A ver, ¡luz!
)ETI. Pero ese estruendo...
TU. Debe ser una explosión.
)RO. Vamos a ver, camareros.
¡Que den luz!
(Entra el Golfillo por el foro. Los parroquianos le miran con ansiedad. La luz se enciende de nuevo.)

RIOS ¿Qué fué?
)LFI. ¡Un petardo!
RG. Pronto. ¡Echad los cierres!
(Cuando los camareros, repuestos del susto, se dirigen a la puerta, les detiene la entrada de dos o tres policías, que entran acompañados de varios señoritos de los llamados «pistoleros».)

ESCENA VIII

Dichos, agentes de Policía y *señoritos pistoleros.*

AGEN. *(Pistola en mano, como sus acompañantes.)*
¡ Quietos !
¡ Quietos todos !
SEÑOR. Aquí tienen
ustedes a estos obreros.
AGEN. En nombre de la República,
entregaos todos presos.
HUELG. Nosotros...
AGEN. ¡ Todos he dicho !
JUAN A obedecer, compañeros.
(Al Agente.) Y usté, señor policía,
cumpla con su obligación.
Pecaron en rebeldía,
y la República hoy día
debe ser la garantía
del orden de la nación.
Mas si justicia hay que hacer,
hágase cumplidamente,
porque no es sólo esa gente
la que faltó a su deber.
Hay otros que más merecen
de la prisión el castigo :
los que con nombre de amigo
nuestra labor entorpecen ;
los que, con fines traidores,
ponen un arma en las manos
de hambrientos trabajadores
y fomentan los rencores
entre obreros, entre hermanos.
Esos son los que al través
del mar revuelto navegan ;
los que el pueblo al odio entregan
para venderlo después ;
los que, al no poder ganar

la batalla con nobleza,
fingen al pueblo acatar
para poderle matar
por la espalda y sin grandeza.
(Por los señoritos que acompañan a los agentes.)
Seamos, pues, justicieros,
y si hay que prender obreros,
vayan también a prisión
los llamados, con razón,
«señoritos pistoleros».
(Por los obreros.) Porque, al fin, la rebeldía
de estos hombres no es gran culpa.
¡Es el hambre quien los guía,
y el hambre tiene disculpa!
(Por los señoritos.) Pero esos, no. No merecen
de nuestras leyes piedad,
porque ultrajan y escarnecen
nuestra patria libertad.
(Se oyen voces en la calle y gritos de «¡Viva Cristo-Rey!»)
A la cárcel con sus huesos,
que no merecen perdón.
(Por los de la mesa de la izquierda.)
Y a la cárcel todos esos
que intentan la reacción.
(Por el foro, y de derecha a izquierda, principia a desfilar una manifestación monárquico-clerical, con cirios y estandartes, y dando vivas a Cristo-Rey. Al entrar en escena rompen a cantar la Marcha Real con letra de «La virgen María es nuestra protectora...»)
Y esos que, contra la ley,
se echan a la vía pública
para hundir nuestra República
al grito de «¡Cristo-Rey!»

MANIF. ¡Viva Cristo Rey!...
BURG. *(En pie.)* ¡Viva Cristo-Rey!...
POETA ¡Viva la República!
VARIOS ¡Viva!...

(Los artistas y el Estudiante enarbolan sillas y botellas para acometer a los de las mesas de enfrente. Los obreros se agrupan alrededor del

compañero herido, apuntados por los señorito pistoleros, en tanto la manifestación desfila po el foro al son de la Marcha Real, que corean lo elementos monárquicos del café, y que es domi nada por las voces de los artistas y el Estudian te que cantan el Himno de Riego, mientras lo agentes tratan de contener el tumulto.)

AGEN. ¡ Alto !... ¡ Alto !... *(Mucha animación.)*

TELÓN

EPILOGO

Telón alegórico. Su fondo representa la vista de una ciudad en lejanía. Altas construcciones y gallardas chimeneas de potentes fábricas. El cielo, en un soberbio amanecer, es rojo en su parte alta y amarillo en las proximidades del horzionte. Tanto el suelo como la ciudad y sus chimeneas estarán pintados en tonos morados. El conjunto de la visión producirá la impresión dominante de la bandera tricolor. En el centro del telón, y a gran tamaño, una reproducción del Congreso de los Diputados. Este, a todo color y muy destacado de lo que constituye el fondo. Batería azul y diabla roja.

JUAN Ya ha pasado la nube sobre el suelo español.
La patria nuevamente puede mirar al sol
segura de sí misma, potente y confiada.
El camino está abierto, y la patria salvada.
Dos ciclos ha marcado nuestra revolución.
El primero cerróse al caer el Borbón.
Fué el gran triunfo cívico que nos cubrió de [gloria.
Democrático ejemplo que guardará la Historia;
ejemplo de un gran pueblo que, amante de su ley,
al verla atropellada juzgó a su propio rey.
Así, cívicamente, cayó el torpe tirano.
La patria se echó en brazos del pueblo soberano,
y el pueblo, noblemente se dispuso a seguir
la senda venturosa de un claro porvenir.
* Pero el pueblo, que había vencido el gran [abismo,
* àun no había aprendido a vencerse a sí mismo.
* Eran catorce siglos de civilización
* que se hundían en polvo. Surgió la reacción,
* el espíritu innoble del hombre cavernario,
* que en el oscuro mundo de su estrecho ideario,
* sólo aprendió, misérrimo, a desdeñar la luz.
* La frente cavernícola se convirtió en testuz,
* arremetió furiosa contra la libertad,

* y se llenó la patria de olor de santidad.
* Y mientras en los campos rugía un pueblo ham-
[briento,
* y mientras en las calles sonaba aún el lamento
* del desolado obrero sin pan y sin trabajo,
* mientras otros negaban su concurso en el tajo,
* movidos por sus ansias de reinvindicaciones;
* mientras por sus derechos clamaban las regiones
* y de la patria huían los grandes capitales,
* y cerraban sus predios los señores feudales,
* y en las urbes, inmensos hormigueros humanos,
* la crisis era lucha de hermanos contra her-
[manos...,
* del alto Pirineo hasta el campo andaluz
* la falange de neos empuñaba en sus manos,
* como signo de guerra, gigantesca, una cruz.
Este segundo ciclo de nuestra evolución
puede llamarse el drama de la revolución;
drama de las conciencias que han sentido un ins-
[tante
la angustia del vacío. Pero el mundo adelante
marcha siempre, y no puede retroceder un paso.
Quien quiera detenerlo se hundirá en el fracaso.
La patria libertada cumplirá su destino.
La República tiene bien abierto el camino
y hombres que la conduzcan, en su carro triunfal,
en busca de las cumbres sagradas del progreso.
Una antorcha divina hoy la alumbra: el Congreso.
Y otra luz la acompaña: el fervor nacional.
República española: por nuestra Libertad,
por tu futura gloria, plena de dignidad,
prestos estamos todos a luchar sin descanso.
Y cuando ya las furias del mar sean remanso,
y cuando las conciencias, hasta hoy esclavizadas,
de toda tiranía se vean libertadas,
y sea nuestra raza el más puro crisol
donde funda sus oros el prestigio español;
cuando tú, firme y fuerte, como gentil matrona,
ciñéndote en la frente nuestra mural corona,
te sientes, presidiendo la patria, en tu sitial,
la brava raza hispana será como leona
que guardará, a tus plantas, tu belleza inmortal.

(Se hace el oscuro. Al encenderse de nuevo y gradualmente la luz aparece la herrería de la primera estampa. La plaza, nimbada por la luz del mediodía. Por el suelo y sentados en taburetes, los obreros de la fragua comen en compañía de sus mujeres. Entre ellos se ve al abuelo Bernardo, Mónica, Bastiana y alguna mujer más. A un lado, Graciela, con su hijo en brazos. En esta escena, toda mímica, los actores irán ejecutando la acción a medida que lo indiquen los versos que recita Juan del Pueblo.)

Y entonces, ya seguros del porvenir, al tajo
volveremos alegres los hombres del trabajo.
Y allá, en nuestros talleres, se verá cada día
a la familia obrera feliz, con la alegría
de reunirse en los dulces momentos del yantar.
Y en los hoscos talleres, y en la fragua sombría,
las risas femeninas pondrán su gorjear.

(Suena la campana.)

Y cuando la campana avise nuevamente
que el trabajo nos llama, la mano diligente
recordará que es hora de enarbolar los machos.
Las mujeres, sumisas, cogerán sus capachos
y emprenderán la ruta del hogar solitario,
por el amor tornado en laico santuario.

(Las mujeres, después de recoger sus capachos, han salido de escena, a excepción de Graciela, que, con su hijo en brazos, queda de pie cerca del primer término derecha.)

Y mientras en su casa la dulce compañera,
soñando en el regreso consolará la espera,
los hombres, a su cuerpo ciñendo los mandiles,
empuñarán los machos. Y sus brazos viriles,
sobre el yunque bendito aprestándose al tajo,
cantarán bravamente la canción del trabajo.

(Los forjadores, que ya se han puesto los mandiles y han empuñado los machos, sacan los hierros candentes de la fragua y se acercan a los yunques, cantando a boca cerrada el Himno de Riego.)

Del trabajo que es gloria, del trabajo que es vida,
del trabajo que salva a la patria querida.

Que, al fin, la patria es eso : la oficina, el taller,
el pedazo de tierra que uno pueda sembrar,
el amor acendrado de una santa mujer,
el porvenir del hijo y el calor del hogar.
(Juan del Pueblo se abraza a su mujer y a su hijo en tanto los forjadores principian a machacar sobre los yunques. Procúrese que, por contacto eléctrico, puedan éstos desprender chispas a cada golpe de los machos. A falta de instalación eléctrica adecuada, reemplácese este efecto con bengalas. Mucha animación en este final, cuadro.)

TELÓN

NOTA.--Los versos de este epílogo, marcados con asterisco, deben ser suprimidos en la representación.